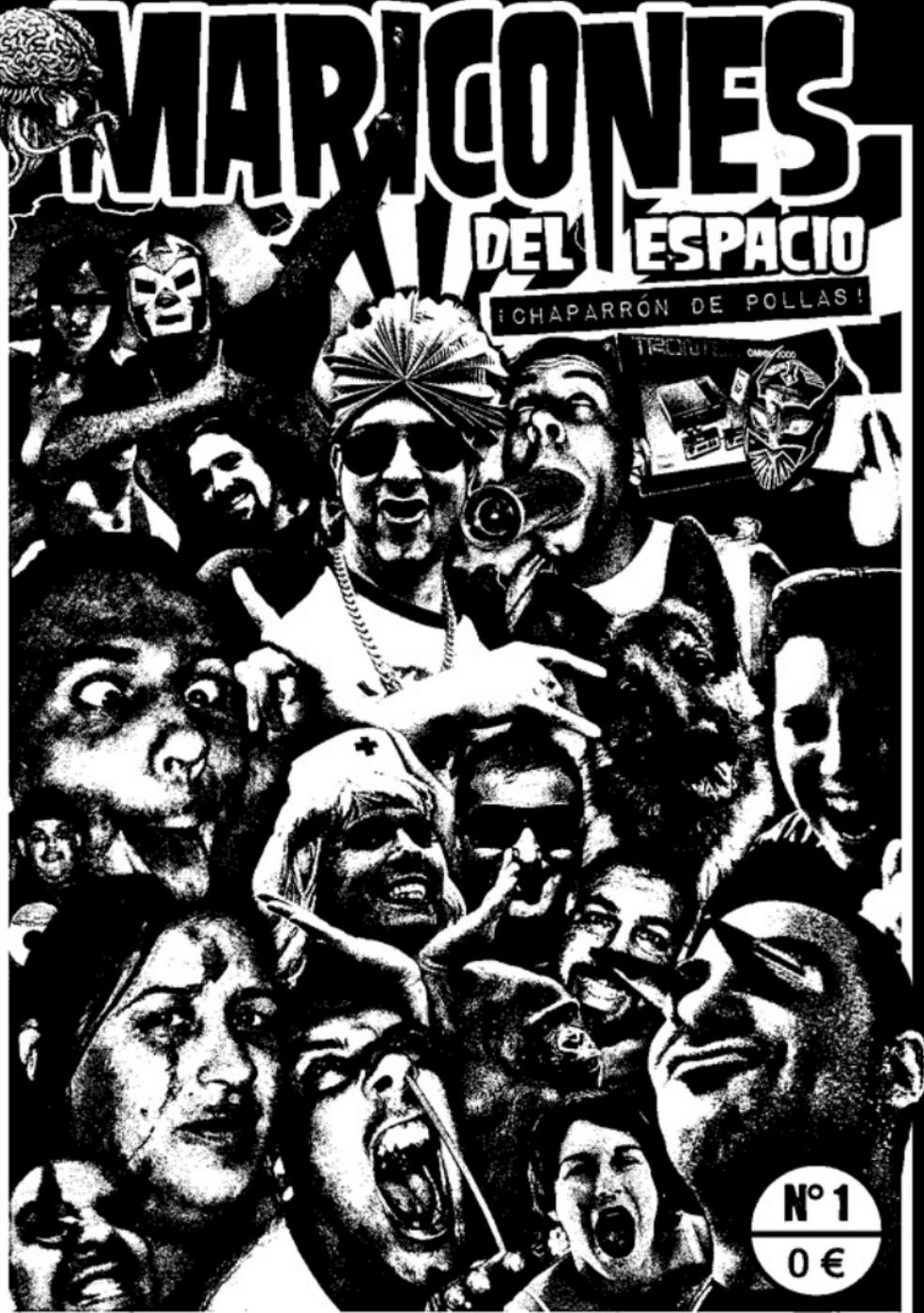


MARICONES DEL ESPACIO

¡CHAPARRÓN DE POLLAS!



Nº 1
0€

¡CHAPARRON DE POLLAS!

Primera edición: Junio 2014

Ejemplar gratuito sin numerar para su distribución digital.

Concepto original: Sr. Koffer, Sr. Kusan, Sr. Kato

Escrito y maquetado por: Sr. Koffer

Diseño de la cubierta: Sr. Kato, Sr. Koffer

Revisión y correcciones: Sr. Koffer

Edita: Condiloma Ediciones

I.S.B.N – No tiene.

Depósito legal – Tampoco, eso es de maricones.

Impreso en España

Esta obra está bajo una licencia **Reconocimiento - No comercial
Compartir bajo la misma licencia 3.0** España de **Creative Commons**.

Para ver una copia de esta licencia, visite:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>

o envíe una carta a *Creative Commons*,

171 Second Street, Suite 300.

San Francisco, California 94105, USA.

*...Dedicado a la memoria de Darby Crash
y a los lectores de ¡Maricones del espacio!*

EN EL NÚMERO ANTERIOR:

Polla Pesebre acude a una fraudulenta entrevista de trabajo pues pretende cubrir una vacante en la planta embotelladora. Tras desenmascarar las verdaderas intenciones del entrevistador Polla se ve nuevamente obligado a huir. Al parecer una incomprensible amenaza se cierne sobre él y, aunque hasta ahora ha conseguido salir siempre airoso, Polla terminará siendo capturado por el servicio de urgencias sanitarias al caer accidentalmente dentro de un contenedor de basura mientras trataba de escapar. Durante una alucinación provocada por la acción sedante de los analgésicos que le administran, Polla comienza a relatarnos qué es aquello que se oculta en su subconsciente mediante una regresión hacia su pasado. Más concretamente hacia su temprana adolescencia.

Tarsicio W. Petaclio, el capitán de la nave Follaris, nos reveló la existencia de un ancestral planeta llamado Mariconia, que es el lugar de donde proceden los maricones del espacio y sus animales de trabajo: las mujeres. También nos habló de su llegada a la Tierra, nos desveló en qué se basa el Virus de la Condición Homosexual Adquirida (VCHA) y nos ilustró acerca de la etapa primitiva en que la humanidad y los maricones comenzaron a compartir el mismo territorio. Según su propia experiencia, las calamidades más terribles que haya podido sufrir el mundo heterosexual durante el transcurso de su historia han sido siempre perpetuadas en nombre de los mismísimos maricones del espacio.

Fue durante su primera visita a una discoteca de ambiente homosexual cuando, accidentalmente, Polla Pesebre descubrió la existencia de un centro de operaciones encubierto en lo que ellos llaman “cuarto oscuro”. Desde entonces, el empeñamiento de Polla por tal de esclarecer sus maléficos planes de dominación mundial comienza a convertirse en prácticamente una obsesión. En definitivas cuentas, Polla ha conseguido llegar a la conclusión de que los maricones del espacio controlan nuestros deseos, nuestras aspiraciones, la longevidad de nuestras vidas, nuestras necesidades primarias, nuestra cartilla de ahorros... Desde el momento en que nacemos somos ya sus esclavos.

Parece ser que estamos construyendo nuestra sociedad en pos de alimentar al gran parásito homosexual... y no hay nada ni nadie en el mundo que pueda detenerles.

VOLUMEN III

LA CONSPIRACIÓN CONTRA POLLA PESEBRE

* * *

**CUADERNO DE BITÁCORA ESTELAR
DEL CAPITÁN TARSICIO PETACLIO**

* * *

**REFLEXIONES DE UN HUMANO
HETEROSEXUAL**

Lo que más me gusta de un libro es que por lo menos de vez en cuando sea divertido. Leo un montón de libros clásicos, como ‘El regreso del nativo’ y todo eso, y me gustan, y leo un montón de libros de guerra y de misterio y todo eso, pero no me vuelven loco.

Los que de verdad me vuelven loco son esos libros que cuando acabas de leerlos piensas que ojalá el autor fuera amigo tuyo y pudieras llamarle por teléfono cuando quieras. Pero eso no pasa mucho.

Jerome David Salinger

Del libro ‘*El guardián entre el centeno*’

EL NÁUFRAGO

El océano enfurecido rugía terrible y ensordecedor. Negras nubes se cernían tronando y relampagueando en mitad de la noche más oscura y amenazadora que había conocido en toda mi vida. Se desató la tormenta. Una y otra vez el violento oleaje me engullía hacia las profundidades con su vaivén y ya a duras penas me concedía un segundo para recuperar el resuello antes de que volviese a romper sobre mí otra de aquellas voraces y sanguinarias olas. Me encontraba exhausto y desconsolado, perdido en medio de la inmensidad, allí donde nadie más llegaría a escucharme. Tantas veces tuve que luchar por mantenerme a flote que mis esperanzas ya se habían consumido por completo, apenas llegaba a alcanzar la superficie aferrándome a un listón de madera que también trataba inútilmente de sobrevivir al naufragio. No tenía escapatoria, tan sólo era cuestión de tiempo que aquel mar embravecido terminase por agotar las escasas fuerzas que me quedaban. Con cada nueva sacudida mi desesperación agonizaba en aquellas aguas que presagiaban la muerte. No estaba dispuesto a sufrir más ¿Para qué batirme en duelo contra mi destino, si tanto él como yo sabíamos en qué terminaría todo aquello? Entonces dejé de pelear, la siguiente ola me derribó estallando contra mi cara y arrastrándome seis metros bajo el nivel del mar. Un intenso aroma a sal embriagó mis sentidos y abrí la boca para tragar el agua que me mataría como si de un veneno letal se tratase. En el último instante de mi vida perdí el miedo a morir y allí mismo, bajo el agua, abrí los ojos para que el reflejo de la luna se convirtiese en telón de mi trágico desenlace. Los volví a cerrar cuando ya no resistía más el escozor salado. Finalmente, abandonado a su voluntad, exhalé el último aliento que albergaban mis pulmones y una cortina de burbujas acarició mi rostro justo antes de que comen-

zase a dormir. La angustia tan sólo duró un instante. Luego, todo a mi alrededor recuperó su calma. Me estaba hundiendo. Lentamente. Ya ni siquiera podía escuchar el rugido del océano, ni el sacudir de la tormenta, ni sus truenos, ni sus olas. Nada. El silencio me reconfortó. Lo siguiente que experimenté fue una agradable sensación de total ligereza. Hormigueo a flor de piel, suaves caricias. Sosiego.

Como vi que de alguna forma aún seguía consciente después de haber muerto traté de respirar... y comprobé asombrado que todavía podía hacerlo. Poco después abrí los ojos para otorgarle crédito al milagro y entonces, bajo una atmósfera azul turquesa llena de tantos otros vivos colores, envueltas en un aura de divinidad resplandeciente se mostraron ante mí las maravillas del mundo submarino. Nadé bajo el mar como si estuviese volando por los cielos, respiraba sin ni siquiera llegar a plantearme cómo podía hacerlo. Nunca antes había experimentado aquella sensación de bienestar.

Todo estaba bien, al fin.

...

–Despierte –Me susurraba una voz lejana. La imagen del mar apacible comenzaba a enturbiarse, sus cálidas luces y su espectro de vivos colores se iban degradando hasta ser absorbidos de nuevo por la profunda oscuridad.

– ¿Qué? –Conseguí responder a duras penas. Entre tanto me percaté de que debía llevar bastante tiempo sin pronunciar ni una sola palabra. Tenía la boca seca y carraspeaba al hablar, mi propia saliva me resultaba tan amarga que parecía como si hubiese tenido la lengua muerta durante meses. Me encontraba tendido sobre una cama que parecía no ser la mía, probablemente en la de un centro sanitario pues el ambiente flirteaba con ese indescriptible pero a la

vez tan característico olor a hospital, mezcla aromática de alcohol para desinfectar, cloro, penicilina y sangre humana.

– ¡¡QUE CERRÉS EL PICO DE UNA PUTA VEES, CACHETUDO DE LA VEERGAAA!! –El descomunal alarido me espantó y tuve que incorporarme sobresaltado; No veía nada, la deslumbrante luz de la habitación me estaba cegando.

– ¡JODEER, CABRONEES! – Exclamé con toda mi furia.

– ¡La reputa madre que lo parió en su casa de la mierda! ¡Que me dio la noche entera garchándome el orto! –Me gritaba un hombre exasperado que hablaba empleando un irritante acento como de argentino barriobajero o algo por el estilo.

– ¿Flómar? –Le pregunté desconcertado.

– ¡Pero qué pija Flómar ni qué reconcha de su puta madre! ¡Con sus endemoniados gritos de mina colegiala no hay cristo que se le enganche el sueño!

– ¿Dónde coña estoy? ¿Qué... qué diablos ha sucedido? –Pregunté desorientado.

– ¡No me dejó dormir en toda la noche porque probablemente se escabrió, se descompuso y luego largó un caldo terrible por toda la habitación que dejó una baranda de mil reconchas! ¡Eso es lo que le pasó, pascualina de estercolero!

* * *

ARGENTINO DE LA KATANA

–Joder... ¡¿Pero dónde cojones estoy?! ¡¿Y se puede saber en qué coño de puto idioma me estás hablando?!

– ¡Puto del orto! ¡Bajá la vos, que por si no lo sabés esto es un hospital y aquí la gente quiere seguí durmiendo!

– ¡¿Cómo que baje la voz?! ¡Pero si has sido tú que me has despertado chillando como un puto mandril con almorranas incandescentes en el trasero, sudaca maricón de las pelotas!

– ¡Le chillo si me sale de la pija! ¡Shevo tres noches sin pegar el ojo por culpa de sus condenadas pesadillas con los maricones de la verga!

–Mire –Le dije apacible–, a decir verdad, me suda la polla saber quién coño es usted y en qué cojones de puto idioma me está usted hablando pero, por hacerme el favor, ¿sería tan amable de decirme qué demonios ha sucedido con mi vida últimamente?

– ¡Chupa pijas! ¡Culo roto! ¡Demagogo! ¡Vos estás en el hospital, carajo!

– ¡¡Que sí, cojones!! ¡¡Que no soy imbécil, coño!! ¡Pero que no me grites más, que tengo la cabeza que me va a estallar como un petardo en una puta cacerola!

–Suerte tuvo que no le estallase de verdad cuando se la dio –Me dijo–, le pude ver perfectamente el color del cráneo por unos instantes. Tuvieron que darle más puntos que a un cuadro de macramé.

En cuanto me restregué los ojos para quitarme las legañas pude comprobar por mí mismo que, en efecto, aquello sólo podía ser la habitación de un centro sanitario. Junto a mi cama había una pequeña mesita de madera que parecía bastante antigua; allí estaban mis llaves, mi teléfono móvil y mi pañuelo de tela. Entonces quise incorporarme para echarle un vistazo al resto de la sala y ponerle rostro a mi compañero de habitación, el perturbado mental de la pampa

argentina. El somier debía ser antiguo –uno de esos de muelles– porque al apoyar el codo contra el colchón éste emitió un chasquido de chicharra infernal. La cabeza me daba vueltas y necesitaba beber. Unas finas cortinas blancas volaban gráciles con cada débil soplo de la suave brisa que aireaba la sala. Fuera hacía un día magnífico, el cielo se intuía despejado y no tenía sensación de frío ni tampoco de calor. Tras el cabezal de mi cama resplandecía la reconfortante calidez de una mañana soleada a través de la amplia ventana de hojas correderas que casi era tan grande como el mismo tabique. Un ligero calambrazo en la columna me recordó que había sufrido un accidente la noche anterior; me dolía la espalda, aunque no lo suficiente como para tener que preocuparme demasiado. Por un momento me asusté ante la idea de hacer memoria... pero no pude evitar abstraerme en mis pensamientos y entonces recordé lo sucedido:

Durante la entrevista de trabajo había saltado desde un primer piso mientras trataba de escapar; rompí una ventana; tiré a una vieja por las escaleras que estuvo chillando como una rata en celo mientras se precipitaba al vacío; también había una mujer desnuda, con un buen par de tetas, y un tío calvo en el suelo que se lamentaba aquejado por un fuerte golpe en la zona abdominal; luego estuve durmiendo dentro de un contenedor lleno de bolsas de la basura aceitosas y pestilentes; finalmente me desperté deslumbrado porque me estaban enfocando con varias linternas en la oscuridad, por todas partes rugía el intenso barullo de la ciudad y a mi alrededor aullaban furiosas las sirenas de los coches patrulla de la policía. Unos camilleros me sacaron de allí y, lógicamente, aquel sería el indicio más fehaciente para explicar por qué me encontraba ahora en un hospital.

–Bueno, pues ahora que por fin vos está despierto sha me dejarán ensender la condenada tiví –Articuló el mamarracho argentino.

Dicho y hecho, acto seguido escuché el característico zumbido que emite cualquier televisor al encenderse. Mi compañero de habitación, el argentino impertinente y desagradable, vestía el típico camión hospitalario que se ata con unas cintas por la parte posterior de la cintura e iba completamente rapado al cero; lo común en esos tíos que, siendo más o menos jóvenes, comienzan a quedarse calvos. En aquel instante se encontraba incorporado, recostando la espalda contra la almohada, e hizo ademán de querer cambiar de canal, por lo que levantó la vista señalando con su mando a distancia hacia el arcaico televisor que colgaba de una frágil plataforma atornillada a la pared. Lo que más me llamó la atención a primera vista fue que el tipo llevaba una especie de parche en el ojo, como Kurt Russell en *Rescate en Nueva York*, sólo que en lugar de ser el clásico parche de pirata llevaba puesto un tanga de hilo color negro. Pensé que no le quedaría tan ridículo si no fuese porque se veía evidente que aquello era un tanga de mujer y que, además, el pavo no había reparado ni en cortarle la etiqueta con la talla. Decidí que había llegado el momento de enterrar el hacha.

–Oiga mire, siento de veras haberle jodido la noche y todo eso... – Me disculpé. Pasaron unos silenciosos segundos en los que no obtuve respuesta alguna por su parte.

– ¿Por casualidad sabe cuánto tiempo llevo aquí? –Le insistí.

–Lo suficiente como para haser de mi vida el calvario... el suplisiso de Tántalo si me apura –Me contestó medio sudando de mi cara.

–Venga hombre –Le dije tratando de mitigar la tensión–. Que te hablo en serio, joder...

Sobre la mesa del argentino había un jarrón con flores frescas, unas cuantas revistas que parecían ser pornográficas, un reloj despertador y un vaso en el que estaba diluyéndose una aspirina efervescente. Al ver la pastilla flotando en el agua recordé el sueño que tuve durante la noche; fue angustioso en un principio pero muy

reconfortante al final. Mientras me recuperaba de mi ensoñación escuché cómo el tío abría un cajón; poco después sonaron unos golpecitos, como de claqueteo, que me recordaron a la primera vez que vi a un punki haciéndose una raya con una tarjeta de crédito. No erré en mi predicción, el argentino estaba bufándose una fresca pues en ese preciso instante le escuché sorber por la nariz produciendo un sonoro y desagradable “sniirf, sniirghfs”.

–Mirá pibe –Me dijo dirigiéndose hacia mí, con las fosas nasales impregnadas por el polvo blanco y abandonando por primera vez aquel sonsonete rencoroso que mostraba anteriormente–, sho sólo sé que en cuanto me ingresaron a mí vos ya estabais con sus frenéticos delirios.

– ¿He estado hablando en sueños o algo? –Le pregunté.

–No paró de gritar desde que lo trajeron acá.

El argentino guardó silencio mientras atendía a las noticias. Mi almohada aún desprendía un agradable aroma a suavizante. En la televisión estaban emitiendo imágenes de archivo de la plaza roja de Moscú durante una noche de ventisca; juraría que llevaban años poniendo ese mismo fragmento de video cada vez que iban a dar alguna noticia sobre Rusia. Luego anunciaron que devolverían la conexión a los estudios centrales para cubrir un funeral multitudinario; por los titulares me pareció entender que había sucedido algún tipo de tragedia internacional.

–Me llamo Polla Pesebre –Me presenté.

–Sí –Me dijo.

–Mira pavo, en serio... Siento de veras haberte jodido el sueño durante todos estos días –Le insistí; imaginé que si estaba drogado podría tomarme más confianzas–. Que yo sé lo que jode y, desde luego, te aseguro que no era mi intención...

–Okay viejo... tan amigos y asunto resuelto –Me respondió él.

–Por cierto... ¿A qué día estamos?

–Hoy es viernes –Dijo echándome una mirada de reojo en plan ‘Cállate ya, cabrón. Que no me dejas escuchar las noticias’.

– ¿Viernes? ¡Joder! ¡Tengo que largarme de aquí y regresar a mi casa cuanto antes! –Exclamé sobresaltado.

–Sí, claro... y sho también me voy a mi casa y me dejo aquí el cáncer de colon que tengo... –Me contestó sardónico.

– ¡Pues si tienes cáncer es porque te lo mereces! –Le solté increpándole.

– ¡Pues si tengo cáncer es porque sho mismo me lo provoqué porque quise, mamahuevos de la verga! ¡No más que para poder pegarme el día fumando porros por la cara! –Me contestó iracundo.

– ¡Y una mierda que te comas!

–Mire, la verdad es que ahora mismo me estaba imaginando el tumor que albergo en mi recto... y es tan feo e infecto, asqueroso y desagradable... ¡que podría tener la misma pinta que tiene vos cuando come medio litro de pollas en vinagre!

– ¡Menos mal que te vas a morir pronto, cabronazo! ¡Menudos sonetos de mierda!

– ¡Chhhhsst! –Me reprendió pretendiendo que bajase el tono de voz– ¡Baja la vos! Ya me paresió que escuchaba algo.

– ¡Venga hombre! ¡No me jodas más con ese puto acento de maricón! ¡Háblame en español de verdad, cojones!... y no esa mierda de idioma baboso... ¡Que parece que estás chupando adoquines del Pilar!

Entonces el tío levantó un poco la sábana para mostrarme satisfecho que, entre el colchón y el somier, escondía un resplandeciente sable samurái.

–Mirálo bien, conchudo de la verga –Me dijo–. Más le valdría darse el piro cagando leches, porque ahora que vos está despierto van a venir a por nosotros... y sho no pienso dejar que me empe-

luquen sin pelear. ¡¿Viste?! ¡Aquí van saltar los filetes de maricón por todos lados!

–Pero bueno... ¿Pero tú quién coño eres? ¿Tú no eres sólo un argentino tuerto con pinta de soplapollas, verdad?

–En realidad sí soy tuerto... pero sólo de éste ojo –Me aclaró señalándose el parche/tanga–. Oíme, falta poco ya para que den las doce...

– ¿Y qué pasa a las doce?

–Pues que te cojerán el orto y no notarás ni que te rose... –Me respondió sonriéndose– ¡Pero no hay tiempo que perder con asertijos y bobadas!... ¿Creés que vos podría saltar por la ventana?

– ¡¿Otra vez?! ¡Joder! ¡Me cago en la puta!

–Mirá pibe, será lo que hay... si querés seguir viviendo con dignidad heterosexual... vos tendrá que haserlo ahora mismo.

En aquel preciso instante una extravagante enfermera rubia platino de anchas espaldas y mentón prominente hacía su entrada en la habitación.

–Buenos días señor Poronga –Le espetó a mi compañero tratando de disimular un vozarrón marcadamente varonil–. Le toca su medicación de las doce.

Cuando la rubia me vio despierto se quedó cariacontecida y asomándose al pasillo llamó a uno de los médicos:

– ¡Doctor Mental, el paciente de la catorce... ya se ha despertado!

– ¡Cago en la puta! –Exclamó el argentino– ¡Por fin ha shegado el momento! ¡Preparate para la acción!

El doctor Mental, un hombre calvo, enjuto y de facciones serias ocultaba su verdadero rostro tras una de esas gafas de plástico sin cristales que están pegadas a un bigote falso y a una nariz postiza con la punta enrojecida. Impecablemente uniformado con una immaculada bata blanca y su fonendoscopio colgando del cuello, el doctor comenzaba a asomar por la puerta justo en el momento en

que el argentino se levantó de la cama con un atlético salto y, a culo descubierto, se puso en pie sobre su colchón, blandió la espada samurái con gran maestría y de un solo golpe cercenó medio cuerpo al doctor Mental, que chilló como un gorrino al que degollan para San Martín. Las paredes se tiñeron con un explosivo chorretón de sangre y por los pasillos se propagaban los gritos de pánico y terror entre una marabunta de personal sanitario que corría despavorida.

– ¡BANZAAAI, MARICONEEEES! ¡JA JA JA JA JA! –Gritaba y reía el drogado argentino a pleno pulmón.

El busto y los brazos del moribundo doctor se desplomaron como pesadas piezas de lomo vacuno; el resto del cuerpo se dobló por los tobillos, luego por las rodillas y finalmente cayó al suelo salpicando como si hubiesen tirado un saco de arena sobre una charca.

– ¡¡Aiiiiieergh!! –La enfermera se puso a chillar como una histérica profiriendo un grito de rata súper marica; luego contempló por última vez el rostro severo del argentino con una mueca de auténtico pavor y, segundos después, un nuevo katanazo zumbó cortando el aire –*Zwraap*–. La cabeza de la supuesta enfermera rodaba por el suelo revelando que ésta no era una mujer sino un hombre travestido y con peluca. El paquetón peludo que se intuía bajo sus bragas de algodón no dejó lugar a dudas. Yo seguía flipando impertérrito, con la cara salpicada por la sangre; todo aquello había sucedido demasiado deprisa, la habitación parecía el patio trasero de un matadero municipal.

– ¡Pero qué coño haces que estás acá todavía! –Me gritaba el argentino exasperado– ¡¡Largáte sha de una puta ves, carajo!!

– ¡¿Cómo te llamas?! –Le pregunté mientras me vestía a toda prisa. El sol irradiaba las facciones solemnes del argentino justo cuando éste se giró hacia mí guiñándome un ojo y sacando morritos al mismo tiempo. El sable centelleaba fulgurante en las manos del guerrero.

– ¡Kunta Kinte! –Me dijo bromeando.

–No, cabrón... ¡Que te hablo en serio, joder!

–Me shamo Poronga, viejo... –Articuló totalmente satisfecho y grandilocuente– ¡Pete Poronga! ¡¡Largáte sha!!

Pete Poronga se volvió hacia la puerta mostrándome su blanco culo y, poco antes de que me largase, pude ver cómo unos ocho o diez guardias de seguridad que parecían rinocerontes en estampida acechaban desde el corredor armados con porras y rifles de dardos tranquilizantes.

– ¡UAAAAARHG! –Poronga asió el sable con ambas manos y les lanzó un grito de enfurecida cólera por tal de amedrentarles.

– ¡¡Váyase!! ¡Maldita sea! –Y fue entonces cuando recogí mis enseres que estaban sobre la mesa, abrí la ventana y acto seguido me lancé nuevamente al vacío. Por suerte para mí no había más que un par de metros de desnivel hasta llegar al suelo, así que pude incorporarme tras permanecer agazapado por unos instantes aquejado de dolor en las rodillas. Poco después sonaron varios disparos, uno de ellos impactó contra el cristal y éste estalló dispersando grandes fragmentos de vidrio ensangrentados.

– ¿Cuánto más va a durar esta pesadilla? –Me preguntaba angustiado. Tal y como decía el argentino: ‘No había tiempo que perder’, así que me puse en pie y corrí campo a través huyendo de aquel siniestro centro sanitario. Me sentía agotado y desfallecido.

Corriendo hacia la libertad recordé lo buenos que están los kebabs y con qué gusto me comería uno. Comencé a organizarme, pensé que en cuanto llegase a casa pillaría pasta del taquillón y bajaría al King Kebab a comerme un Dürum completo con queso emmental y extra de salsa picante... ¡Qué delicia! Pero mi ilusión de poder escapar y zamparme un crujiente Dürum se vio truncada al momento; justo cuando comenzaba a vislumbrar una verja de salida en el amplio

muro que limitaba la extensión del centro sanitario alguien muy gordo y muy pesado se abalanzó sobre mí. Caí de bruces contra el suelo tal como si me hubiesen hecho un placaje al más puro estilo del fútbol americano. Sentí crujir todas mis articulaciones. Me habían vuelto a cazar.

* * *

MI POLLA QUIERE HACERTE UNA ENTREVISTA

PESEBRE: Llevo una mala hostia encima que no me la aguanto, estoy hasta los cojones.

EDUARDO: ¿Qué te ocurre?

PESEBRE: ¿Es tanto pedir el que pueda echar un par de polvos a la semana? Joder, ¡sólo digo un par! ¡Estoy hasta los mismísimos cojones de andar pajeándome como un puto mono con ladillas!

EDUARDO: Pero bueno, ¿es que no follas con tu mujer?

PESEBRE: Pues mira, no... no follo con mi mujer y por si no te has dado cuenta no es por falta de ganas.

EDUARDO: Si es que son la hostia... ¿Qué le pasa ahora? ¿Le duele la cabeza?

PESEBRE: Mira, no tengo el más mínimo interés en perder el tiempo hablando sobre el tema, me tiene hasta las pelotas. En serio ¿Es tanto pedir? Ya sé que no tiene obligación alguna pero... es que ¡joder! ¡Yo no puedo vivir así, esperando para echar un polvo al mes y que después de correrse se me quede dormida!

EDUARDO: Hostia puta, ¿cuánto tiempo hace que no follas con ella?

PESEBRE: Pues mira, la última vez fue el viernes de hace tres semanas.

EDUARDO: Hombre, tampoco hace tanto.

PESEBRE: Sí, joder, si tanto no hace... pero colega, que vivo con ella y me paso el día con ganas de pegarle un pollazo a cada momento.

EDUARDO: ¡Ja, ja, ja! Pero bueno, ¿y por qué no tiene ganas?

PESEBRE: Mira, en serio... es que ya me cansa hablar del tema. La tengo ahí, quedándose en bolas delante mío justo antes de darse una ducha, cambiándose las bragas cada dos por tres, probándose sujetadores a cada momento, poniéndose las medias en plan sensual... Te juro que llevo ya varias semanas que parece como que me va a

estallar la polla y me da la sensación de que eso a ella se la suda. Se pasa el día entero haciendo cualquier otra cosa que no sea follar conmigo.

EDUARDO: Bueno, antes de que comiences a pensar mal... ¿Por qué no se lo dices?

PESEBRE: ¡Te crees que no se lo digo! ¡Si precisamente es por eso por lo que estoy tan desesperado! ¡Estoy hasta los huevos de pasarme la semana entera esperando a que llegue el finde para poder follar... y luego ya es que ni el fin de semana follamos!

EDUARDO: Pues menuda mierda.

PESEBRE: Joder macho, y que lo digas. Encima lo que me jode es que tampoco no es que sea culpa suya. Ella está feliz y contenta conmigo... parece que no tenga ninguna necesidad de follar. Me da besos, me da abrazos... ¡Pero luego nada de nada, vamos, que no me toca ni con un palo!

EDUARDO: ¿Y por qué no le dices que te haga un apaño?

PESEBRE: ¿Pero para qué cojones le voy a pedir que me haga un apaño? Para pegarme un pajote ya me la zumbo yo, que me paso el día pelándomela. Lo que necesito es sentir que me desea y ver escrito en su rostro que vuelve a tener ganas de follar conmigo. Estoy seguro de que la mala hostia que llevo es sólo culpa de eso. Si por lo demás estoy de puta madre, y ya te digo, ella es muy buena y todo lo demás.

EDUARDO: Bueno, será buena... pero por lo que parece te tiene un tanto descuidado.

PESEBRE: Mira, ya no sé si es obsesión mía... o es que de no follar se me nubla la vista y se me va la olla a Camboya... En serio, me da la sensación de que en ese tipo de cosas estoy como desamparado.

EDUARDO: ¿Qué quieres decir?

PESEBRE: Pues quiero decir que me da la sensación de que soy yo el que siempre le va detrás... soy yo el que le tengo llevado el desayuno a la cama; soy yo el que tiene detalles con ella sin que tenga que pedírmelos; soy yo el que le hago masajes en la espalda y en los pies; soy yo el que se queda fregando los platos después de cenar; soy yo el que recoge la ropa del tendedero y soy yo el que tiene que bajar la basura todos los días. Mira, que ya te digo que puede ser que esté cegado por la obsesión del momento y por no follar... pero es que me siento completamente abandonado.

EDUARDO: Abandonado... hombre, follar una sola vez al mes la verdad es que debe de ser una puta mierda.

PESEBRE: Y que ya no es eso, que además me puede el orgullo. Mira, desde el principio de la relación siempre he sido yo el que compraba los preservativos porque, claro, a ella le daba vergüenza. He sido yo el que se preocupó de encontrar sitios para que pudiésemos estar a solas... yo la he sacado siempre a cenar en plan romántico, he sido el de las velas, el de la música, el que se ha preocupado por saber qué es lo que le gusta en la cama, me he preocupado por aprender cómo se hace para que ella tenga un buen orgasmo, la he enseñado a disfrutar de su cuerpo, la he agasajado con regalos y tal... pero mira, lo que te digo, tengo la sensación de que en el sexo siempre he sido yo el que tiene que tirar del carro... y sucede que a estas alturas estoy ya bastante hasta el gorro de tanto dar y no recibir una mierda a cambio.

EDUARDO: Pero bueno, ¿me vas a decir que ella no se lo curra ni nada?

PESEBRE: Mira, por ejemplo... tiene un cajón entero lleno de lencería ¿vale? Pues te aseguro que no se la pone nunca. No sé ni para qué coño la guarda si nunca la usamos... de verdad, me desespero por eso, porque ella no me busca. Lo más que me necesita es una o dos

veces al mes, justo después del periodo, que es cuando más ganas tiene... pero el resto del tiempo está en plan ameba, viendo la tele hasta las mil quinientas o ya te digo, haciendo cualquier cosa antes que venirse a la cama conmigo a retozar y disfrutar de su matrimonio.

EDUARDO: Oye, pero ¿dices que siempre ha sido así?

PESEBRE: Pues sí, bueno claro, al principio no... al principio era de puta madre porque follábamos cada día que nos veíamos. Pero vamos, que eso pasó hace ya muchísimo tiempo.

EDUARDO: Entonces es fácil, lo que pasa es que la tienes mal acostumbra. Dime ¿Por qué te casaste con ella?

PESEBRE: ¡No me jodas hombre! En una relación no todo es el sexo, joder... además, mi mujer está buenísima y sinceramente te digo que para mí follar con ella es lo único que me merece la pena en la vida. Las demás tías no me valen... ¡Si no es con ella no es con ninguna otra! ¡Por eso es por lo que me paso el día entero pajeándome!

EDUARDO: Joder, qué triste.

PESEBRE: Pues mira, por eso es por lo que estoy tan cabreado. La verdad, creo recordar que cada año por estas fechas siempre me pasa lo mismo. El año anterior estaba igual, y si no recuerdo mal hace dos años también estuve así.

EDUARDO: Pues vas a tener que hacer algo, porque si no esa desidia te puede afectar en tu relación.

PESEBRE: A mí no me gusta nada enfadarme con ella. Es una despistada y todo lo que tú quieras, pero ya te digo que tampoco es culpa suya. A lo mejor soy yo, que estoy obsesionado con el sexo o que tengo mucho vicio...

EDUARDO: Mira, no creo que sea mucho vicio querer follarse con tu mujer un par de veces a la semana. Por algo es tu mujer ¿no? Que la quieres... y te gusta. Es que no lo entiendo, quiero decir, que no

entiendo que no tenga ganas de estar contigo ¿Está enfadada por algo que le hayas hecho?

PESEBRE: No puede tener queja alguna sobre mí, que la llevo como a una reina.

EDUARDO: Pues a lo mejor es eso.

PESEBRE: Ya, si eso ya lo he pensado otras veces... pero no sirve de nada hostilizarla. A ver, quiero decir, que lo suyo sería pasar de ella para que volviese a hacerme caso. Eso ya lo he probado otras veces y el resultado es siempre peor de lo que cabe esperar. Sucede que en lugar de reaccionar como debiera, la tía aún se raya más, se pone en plan mustia y al final acabamos cada uno por su lado; yo pasando de ella y ella triste y a su rollo. Luego otra, que siempre tengo que ser yo el que da un paso al frente cuando hay que reconciliarse. Siempre tengo que ceder para que la situación no vaya a peor. De verdad, me siento un poco como entre la espada y la pared.

EDUARDO: Menuda mierda.

PESEBRE: No sé, ojalá hubiese algún método para traerla a la cama siempre que yo quisiera. Ha habido épocas en las que ella estaba más por la labor y vamos, entonces es cuando estoy de un humor inmejorable. La vida me sonrío si mi mujer está cachonda.

EDUARDO: ¿No hay nada que sepas que le pueda gustar? Para que se ponga a tono más a menudo o algo...

PESEBRE: Mira, en serio... desisto. Es lo que te decía antes, estoy cansado de ser siempre yo el que tiene la necesidad y estoy cansado de ser yo el que se tiene que buscar truquitos y artimañas para convencerla. Hubo una temporada que aquello sí que ya fue un fracaso total; verás, estuvo tomándose las pastillas anticonceptivas y tenía la libido peor que muerta... Fue muy frustrante para mí desnudarla y tenerla a mi lado, más fría que un tempaño, mirándome cariacontecida en plan “Podría estar aquí como podría estar

mirando el techo o tendiendo la colada”. Es muy doloroso, yo sinceramente lo pasé fatal.

EDUARDO: Pero no me has dicho nada al final... ¿Por qué te casaste con ella si ya sabías que era así?

PESEBRE: Mira, a ver... tal como yo lo veo, nosotros somos los hombres y somos los que necesitamos follar. Ellas son mujeres y sí, las habrá unas que sean más fogosas y otras que menos... pero son todas mujeres al fin y al cabo. Un primo mío, que se había casado por segunda vez, me lo dijo durante una reunión familiar que hicimos en plan barbacoa: “Todas las mujeres en el fondo son iguales, al principio te puede parecer que no... pero a la larga todas terminan igual, así que ¿para qué te vas a buscar otra?”. El tío estaba en lo cierto, además hablaba desde la experiencia. Las mujeres son como son... es preferible invertir un poco de tiempo en arreglar los problemas de pareja que buscarse a otra con la que probablemente tendrás los mismos problemas en el futuro.

EDUARDO: Ya, pero sí que es cierto que hay tías que tienen más ganas y tías que menos. Además, me acabas de confesar que te habías planteado cambiar de pareja...

PESEBRE: ¿Tú has oído lo que te he dicho antes? ¡Yo no quiero otra tía! ¡Yo lo que quiero es hacer el amor con mi mujer! Te he dicho lo de cambiar de pareja porque hoy en día es lo común, la peña no sabe conservar la estabilidad de sus relaciones.

EDUARDO: Pues mira, o será estrés, o estará muy cansada... si no pues la verdad es que tampoco se entiende. Creo que lo que le hace falta es que la domines un poco, ya sabes, tal vez deberías exigirle esos polvos que te mereces... es decir ¡vamos! ¡Ponte en tu sitio! Por lo que me cuentas tú te lo estás currando un montón... ¡No es posible que ella no se dé cuenta y no quiera agradecértelo a su manera!

PESEBRE: Pues mira, yo ya es que no sé...

EDUARDO: ¡Claro hombre! Tiene que tener algún tipo de problema, estoy seguro... como cuando no les apetece follar porque tienen la regla, o porque no están depiladas o, ya sabes, gilipolleces de esas que en cuanto te las confiesan dices: ¡Pero por el amor de dios!

PESEBRE: Hostia, pues ahora que lo mencionas... me parece que comienzo a sospechar de qué se trata. Recuerdo que la última vez que ocurrió algo similar era una rayada de esas de que si le han salido pelos en las tetas, que si se ve más gorda o cosas por el estilo.

EDUARDO: ¿Lo ves? Ya te dije que lo más seguro es que fuese una tontería. Siempre suelen ser polladas.

PESEBRE: No, si eso fijo... lo que pasa es que no comprendo cómo es que se agobia tanto con esas paridas ¡Pero si a mí me da igual y lo sabe! ¡Para mí está buena siempre y todos esos complejos que dice que tiene yo ni se los veo!

EDUARDO: Mira, sinceramente pienso que para los hombres de tu edad la necesidad de follar es casi como la de beber agua, mientras que para las mujeres es más como la de tomar el té. Puede que haya llegado el momento de tomar cartas en el asunto. Ella no lo va a hacer, precisamente porque está acomplexada, así que una vez más vas a ser tú quien ponga los huevos sobre la mesa.

PESEBRE: Es que ya me cansa.

EDUARDO: Si ya lo sé... pero hazlo. Al fin y al cabo es por vuestro bien común. Ya sabes lo que hay que hacer ¿no? La recibes con una buena cena, la adulas un poco diciéndole lo buena que está y todo eso... y luego cuando se ponga a ver la tele se la apagas, le comentas muy seriamente que tenéis que hablar, la arrastras hasta la cama con alguna excusa, la esposas al somier y, después de sobarla un poco le cuentas todas esas cosas que me has dicho acerca de tus necesidades.

PESEBRE: Hostia, pues sí, eso podría funcionar. Lo que pasa es que debería esperar a esos días en los que ella está... es decir, en esos días en los que está más receptiva y dispuesta a colaborar.

EDUARDO: ¡Pues claro que sí! Eres un hombre joder, tú tienes la voluntad necesaria para cambiar las cosas. ¿Qué coño te cuesta pedirle un polvo?

PESEBRE: Pues la verdad, más que nada es por orgullo. Me jode mucho tener que mendigar... y más me jode tener que mendigar sexo.

EDUARDO: ¡Pues no lo mendigarás más! A partir de ahora tendrás sexo cuando tú se lo ordenes. Así es como debe funcionar. Con eso no te estoy diciendo que la maltrates ni mucho menos, pero ¿verdad que ella se pone como una fiera cuando tú no haces las cosas como es debido?

PESEBRE: Sí, eso es cierto.

EDUARDO: ¡Pues tú igual! Eres un hombre, y necesitas follar. Tienes que hacérselo comprender o de lo contrario tú mismo, con tu indiferencia, le harás daño a la relación que tanto deseas que funcione.

PESEBRE: Tienes toda la razón, joder, eso es lo que voy a hacer... ¡Voy a exigirle lo que me merezco!

EDUARDO: Y si se ofrece a hacerte un apaño, pues tampoco lo desmerezcas.

PESEBRE: No, claro. Pero tienes razón... no puedo quedarme aletargado mirando cómo se suceden los días y se va marchitando mi relación. Cuanto más me alejo yo, más se aleja ella de mí.

EDUARDO: Exacto, la única solución es coger el toro por los cuernos.

PESEBRE: O cogerla a ella por el coño.

EDUARDO: Sí, bueno, como quieras decirlo.

PESEBRE: Es justo lo que necesitaba, había perdido la confianza en mí mismo. Es que, como te decía, me cansa ver que siempre soy yo el que tiene que estar pergeñando estas cosas.

EDUARDO: Ya, pero bueno, el interesado eres tú al fin y al cabo. Está claro que ella no lo necesita.

PESEBRE: Pues no, la verdad es que no le importa demasiado... tan sólo me busca cuando le hago falta, y desde luego es lo que te decía, eso sucede como mucho una o dos veces al mes.

EDUARDO: Pues nada colega, saca pecho y esta noche lo habláis... y en todo momento debes recordar que es por el bien y la estabilidad de tu relación de pareja.

PESEBRE: Claro hombre, así lo haré. Voy a preparar algo de cena que le guste, pondré velas y seré tan atento como siempre... pero en cuanto note que se empieza a columpiar la obligaré a que vaya a nuestra cama y le haré quitarse los pantalones.

EDUARDO: Eso.

PESEBRE: La esposaré y le ataré las manos al somier para que no se me escape. Luego le voy a decir eso, que ella no puede tener ninguna queja de mí pero que yo por mi parte estoy muy desencantado. A ver si es verdad que realmente tiene algún problema en acostarse conmigo... porque soy su marido y me estoy portando suficientemente bien con ella como para que encima me tenga así de descuidado. Soy un hombre... ¡Y necesito atenciones!

EDUARDO: Eso, tú le insistes en que te tiene abandonado y que llevas un mes esperando a que reaccione. Procura ponerla bien cachonda porque así entrará en ese estado hipnótico en el que puedes pedirle cualquier cosa.

PESEBRE: Sí, se lo diré. La pondré bien cachonda y luego le exigiré lo que me merezco. Le diré: ¿Acaso es que no te gusto? Si no tienes ganas por lo menos deberías tratar de complacerme. Al fin y al cabo yo lo hago muchas veces por ti y sabes que siempre lo disfruto tanto o más que mi propio placer.

EDUARDO: ¡Así se habla, eso es! Si ves que se pone rebelde la tumbas boca abajo y le atizas en el culo.

PESEBRE: Sí, la última vez funcionó. No sé por qué coño de razón se le metió en la cabeza que yo tenía una amante y me cabré mucho con ella ¡Es que encima eso! ¿Sabes? Recuerdo que estábamos en la cama y la dominé... hasta le zurré en el culo mientras le repetía que yo no tenía ninguna puta amante. Luego follamos súper bien y se quedó más feliz que una perdiz.

EDUARDO: Pues si ya lo sabes... eso es lo que tienes que hacer. Demostrarle que eres tú el que manda, que la quieres y que te preocupas por lo vuestro.

PESEBRE: Uf, es que la veo tan pasiva.

EDUARDO: Pues no lo seas tú también. Si tienes que estar enfadado pues te enfadas. Es mejor estar cabreado que estar triste, por lo menos demuestras que te tomas las cosas con un poquito de pasión. Además, si te viene cachonda pues tú no te doblegues... ¿no te ha hecho ella esperar? ¡Pues que se espere ella también! ¡No va a ser sólo cuando a ella le dé la puta gana!

PESEBRE: Tienes toda la razón, como siempre. Gracias Ed.

EDUARDO: Ja, ja, ja. De nada hombre. Ya sabes que me tienes para lo que quieras.

...

El clima de la habitación en el centro hospitalario era frígido y sobrecogedor. El ambiente se percibía esterilizado; la intensa luz de los fluorescentes iluminando las paredes, alicatadas de arriba a abajo con azulejos color blanco, le concedían al espacio una macabra sensación de claustro futurista. Sentado frente a una mesa de aluminio, justo en el centro de la sala, se encontraba Polla Pesebre. Él también vestía de blanco impoluto. Una camisa cuyas mangas se ataban en

cruz con un nudo a sus espaldas le impedía usar las manos. Justo detrás de él se encontraba la única puerta por la que podría escapar; ésta poseía una pequeña ventana con el cristal tintado. A través de ella un par de asistentes contemplaban la escena con cierto aire de desdén mientras se andaban tomando un café en vasos de plástico.

– ¿Ya está otra vez hablando solo?

–No hombre, que no está hablando solo. Es que está hablando con su polla.

– ¡Ja, ja, ja! ¡No me jodas! ¿Ese es el paciente de la catorce?

–Sí, el señor Pesebre. Y según su DNI se llama, atención: Polla Pesebre.

–Fijo que el pavo está como una puta regadera.

–Ya ves... Polla Pesebre. Ah, y por lo visto su polla también tiene nombre. Se llama Eduardo.

– ¡Ja ja ja! ¡A ver si lo he entendido bien! Entonces... es un tío que se llama Polla, que habla con su polla... ¿y que ésta a su vez se llama Eduardo?

–Pues sí.

– ¡Joder, qué bizarro! Desde luego aquí no nos aburrirnos nunca. ¿Y cómo lo hace para hablar con su polla?

–Nada, un clásico. Si te fijas verás que está mirando hacia abajo mientras va charlando...

– Sí, eso parece.

– Pues bien, habla dirigiéndose a su rabo como si hablase a través de un micrófono. Luego se supone que la chorra le responde, pero en realidad es él mismo el que se contesta poniendo una voz pitufada como la de Espinete.

– ¡Ja ja ja! ¡Joder, qué fuerte!

–Eduardo le brinda consejos... como si fuese el Oráculo de Delfos.

–El polláculo de Delfos.

– ¡Ja ja ja!

– ¡Ja ja ja!

–Sí, la verdad es que éste ha venido fuerte. Por cierto, y hablando de venir, ¿ha llegado ya el de homicidios?

– ¿Quieres decir que este pavo ha matado a alguien? Pero si se le ve un tirillas de lo más inofensivo...

–Eso es lo que tratan de averiguar... si es verdad que sólo es un tirillas inofensivo como tú dices. Mira, me parece que por ahí llega el inspector Onésimo.

– ¿Y cómo coño lo sabes?

– ¿No lo oyes?

– ¿El qué?

–Pues eso, gilipollas. El motor de su coche, que hace un ruido de tres pares de cojones.

–Hostia sí, suena como a mi abuelo cuando le da por toser.

–Ja, ja, ja ¡Menuda imaginación que tienes!

–Ja, ja, ja. Sí... la verdad es que yo también estoy un poco como para que me encierren.

–Oye... ¿No te están llamando?

– ¿Cómo?

–Que te está sonando el móvil digo...

– ¡Y una mierda, cabronazo! Que no voy a picar otra vez...

–Ja, ja, ja. No sé a qué te refieres...

–Anda que no, cabrón... ¡Que ya vi cómo se lo hacías al bucanero la semana pasada! Seguro que te has pegado un peaco en la funda de mi móvil y ahora me estás llamando para que lo coja y me lo coma.

– ¡Ja ja ja!

–Menudo cabrón que estás tú hecho...

–Pero entonces ¿qué? ¿No lo vas a coger? Mira que todavía te está sonando...

– ¿Otra vez? ¡Pero si ya sé que eres tú, mamón, que estoy viendo cómo te vibra el teléfono! ¡Que lo tienes en el bolsillo!

– ¡Ja ja ja ja! Venga joder, cógelo... cómete el cuesco como un hombre.

–Vete a la mierda, y llévate a la puta de tu madre contigo para que se dé un paseo.

–Mira que eres aburrido.

–Y tú mira que eres cabrón...

* * *

BOLLYMIERDAS

Mira Juanantonio, quería pedirte consejo, como amigo... ya sabes. Verás, resulta que tengo un colega al que le llaman el Travestis. Sí, sí... El Travestis. Y no es por nada en particular, sólo que por lo visto suele alardear de que le gusta que le den por culo en traje de marinero y esas cosas. Pues bien –que ya me ando por las ramas y no he hecho más que comenzar–, resulta que éste amigo mío del que te hablo tuvo una novia hace ya algún tiempo. Ella se llamaba Péstula y durante el año y medio que duró su relación alcanzaron un nivel de confianza tal que incluso llegaron a comerse sus propios chorongos. Sí, sí... te lo digo en serio, y en sentido literal... vamos, que se comían los zurullos mutuamente.

Bueno, pues resulta que cuando se conocieron ambos trabajaban en la fábrica de la Panrico en el turno de noche. Él era el encargado de envasar los bollos y ella era controladora en la línea de inyección del chocolate. Como ambos vivían independizados mi colega le propuso a Péstula que se mudase a su piso y ella accedió encantada. Al comienzo de su delirio todo era sexo a cada momento... vamos, que se pegaban el día follando como conejos. Saliendo de trabajar lo hacían en el asiento trasero del coche de él mientras estaban aparcados en un descampado; al llegar a casa se echaban tres o cuatro polvos en diferentes posturas antes de quedarse dormidos por el agotamiento. A la mañana siguiente sonaba el reloj y, recién levantados, él le comía el coño a ella en la ducha para luego terminar follando en los vestuarios del curro cuando aún no había llegado nadie. A media mañana acostumbraban a encontrarse en el aseo de mujeres del restaurante al que acudían juntos para desayunar y ella le comía la polla con pan y cebolla; no sé, al parecer les debía hacer gracia. Luego él se la follaba a cuatro patas tapándole la boca para que no

pudiese gritar... y eso a ella la ponía muy perra. Durante la hora que se reservaban para comer Péstula se hacía una paja mientras mi colega cocinaba en pelotas; después comían juntos y, justo antes de entrar de nuevo a trabajar, se amagaban en un cobertizo hecho con maderas que tenían los gitanos junto al río y allí sí que ya triscaban en plan salvaje, a lo guarro, revolcándose por el suelo y prorrumpiéndose alaridos de auténtico placer.

La única barrera que les quedaba por traspasar era la de follar en el trabajo, el problema resultó ser que la empresa panificadora tenía una política muy estricta respecto a las relaciones interpersonales entre sus trabajadores... por lo de que pudiera caer vello púbico en sus productos alimenticios y todo eso. Las advertencias no consiguieron detenerles y, en cuanto tuvieron la oportunidad, los amantes planearon un encuentro fortuito en el servicio de caballeros donde estuvieron fornicando como cabrones sentados sobre la taza del váter. Todo eso cambió de repente cuando, en una desafortunada ocasión, ella le pidió a él que le hiciese un beso negro... ya sabes, por experimentar nuevas sensaciones y tal. Pues bien, ni corto ni perezoso mi colega el Travestis se puso a comerle el agujero del culo a su novia. Ella se estaba derritiendo de gusto porque jugaban a que él le escribía cosas con la lengua y Péstula las tenía que adivinar. En esas que, debido a la dilatación y al frenesí del momento, ella relajó demasiado sus esfínteres y bueno... digamos que hubo alguien que aquella mañana desayunó Conguitos. En cuanto mi colega el Travestis se dio cuenta de que estaba chupando los cagarros de su amada profirió un grito ensordecedor que recorrió la fábrica entera. Fue el viernes siguiente cuando los encargados de personal les reunieron a ambos para darles un toque de atención y advertirles muy seriamente que iban a ser despedidos en caso de que estuviesen manteniendo relaciones sexuales durante la jornada laboral.

Desde entonces, el rumbo de aquella sexualidad de la que hasta entonces estuvieron gozando viró por completo cuando ambos se dieron cuenta de que sentían un concupiscente y lujurioso amor por la coprofagia. Se sucedieron las prácticas dentro de éste nuevo campo y, en uno de esos febriles devaneos que tienen los enamorados coprófagos, ella relleno amorosamente un bollo de los que envasaban cada noche utilizando uno de sus propios truños. A la mañana siguiente se lo entregó a mi amigo, cuidadosamente envuelto en papel de plata, como prueba de su amor incondicional. Ella le guiño un ojo, él le dio un bocado y, sonriéndole satisfecho, desde aquel preciso instante no dejaron de hacerse bollos rellenos de mierda para compartirlos en la hora del almuerzo. Era como una forma de follar sin que sus jefes pudiesen tener motivos para despedirlos. Lo cierto es que dicho así suena de lo más repulsivo y repugnante... pero ¡Eh! Quiénes somos nosotros para juzgar al amor ¿verdad?

El idilio se abrió paso entre los prejuicios y las dificultades, pues así es el absurdo milagro de la atracción humana. Cada mañana él se zampaba un bollo relleno con las heces calientes de su enamorada y ella por su parte, que era más bien de comer poco, se decantaba por embetunarse el bigote con un buen tazón de Cola Cao con tropezones... bueno, con grumos de esos... pero vaya, que no hace falta añadir más detalles porque con un mínimo de imaginación uno ya puede visualizarlo fácilmente. Eso sí, ni os podéis llegar a imaginar la peste a mierda que corría por toda la fábrica. Total, que todo fue muy bonito hasta que llegó un día en el que se pelearon, ya sabes, una de esas discusiones tontas que se tienen cuando los tíos hacemos más caso de nuestras madres que de nuestras novias. Sucedió que a ella se le fue la pinza y del rebote que pilló terminó dejando el trabajo. Semanas después abandonó también a mi amigo.

Mi colega el Travestis estaba hecho polvo. Al principio aceptó la ruptura, pero con el tiempo se dio cuenta de que sería incapaz de rehacer su vida con ninguna otra tía... y es que es difícil encontrar una mujer de buen ver que además acceda a deglutir tus cigarros así por las buenas. Sucedió que, al igual que ocurre en los cuentos de hadas, mi amigo tuvo una brillante idea para conquistar de nuevo a su media naranja. Él era el príncipe cagadero... y a partir de entonces su objetivo en la vida sería reencontrarse con su princesa consorte. Sobreponiéndose al dolor de su corazón el Travestis se propuso a sí mismo que cada mañana truñaría en un bollo con la esperanza de que algún día Péstula se comería un Bollycao relleno de mierda que le haría recordar lo felices que fueron juntos.

Y fue así como, durante meses, mi amigo estuvo soltando sus croquetones dentro de aquellos bollos rellenos que terminarían perfectamente envasados cumpliendo con su cometido de ‘mensaje en la botella’ y que una flota de camiones se encargaría de distribuir por las estanterías de todos los supermercados, panaderías y demás superficies comerciales de gran envergadura. No te puedes llegar a imaginar la cantidad de gente que, dispuestos a zamparse un delicioso bollo pensando que éste estaría indudablemente relleno de chocolate, se comían un pedazo de tordal inmenso y terminaban potando como cabrones ante el primer regusto a mierda. Ja, ja, ja ¡Menuda putada! Y bueno, te contaría más... pero sólo te diré que a mi colega lo despidieron, que ahora es maricón y que trabaja en la Coca cola.

¡Ah! Y que a ella se la dio por muerta semanas después... aunque los equipos de búsqueda jamás consiguieron encontrar su cadáver.

* * *

LOS CRÍMENES EN LA CALLE DE LA MIERDA

La reunión se celebró en la sala contigua. Una mesa conformada por los principales delegados de la institución mental discutían acerca del comportamiento de uno de sus pacientes en particular.

–Señores, les presento al inspector de policía Onésimo Redondo –
Articuló el doctor Cervantes a la vez que abría la puerta.

–Muy buenos días –Contestó el inspector al entrar–, les presentaré... hoy me acompaña el comisario Eleuterio Chanfletas.

–Muy buenos días –Respondió Eleuterio justo después.

El doctor Cervantes les ofreció tomar asiento y ambos accedieron después de entregarle sus respectivos abrigos. El inspector Onésimo, un tipo bastante alto, se apercibía con aires de persona apacible e intelectual; por contra el comisario Chanfletas, bastante menudo, tenía el pelo rizado, los ojos azules y pinta de ser un tanto gilipollas. Ambos parecían una revisión mala del ‘duo sacapuntas’, pero en este caso del lado de la ley.

DR. CERVANTES: Señores, tomen asiento por favor. Con ustedes se encuentra el equipo de análisis técnico del hospital. A mi lado el eminente doctor Miravillas...

DR. MIRAVILLAS: Buenos días.

DR. CERVANTES: El doctor Joño...

DR. JOÑO: Buenos días.

DR. CERVANTES: Y por último el doctor Rabadán...

DR. RABADAN: Muy buenos días.

DR. CERVANTES: ¿Y bien? ¿Qué tal les fue con el paciente?

INSPECTOR ONESIMO: Bueno... la verdad, nos da la sensación de que efectivamente se encuentra enajenado. Durante la entrevista nos estuvo relatando una anécdota ficticia e inverosímil acerca de un supuesto amigo suyo que vivió un idilio con una amante coprófaga.

DR. JOÑO: Sí, a mí me contó la misma historia el jueves pasado.

DR. RABADAN: En efecto, es común que en sus delirios comience a relatar esa clase de proyecciones del subconsciente.

COMISARIO CHANFLETAS: Que sí, que el pavo está como una puta cabra. O si no, por lo menos interpreta muy bien su papel.

DR. CERVANTES: ¿Les ha contado algo más acerca de los maricones?

INSPECTOR ONESIMO: Em... sí, bueno, ha hecho mención reiteradas veces en otras ocasiones. Parece como un caso de homofobia llevado al extremo de la obsesión.

DR. CERVANTES: ¿Y qué hay de las víctimas? Eran...

INSPECTOR ONESIMO: ¿Homosexuales? No, en principio no nos consta que lo fuesen. Pero existen ciertos puntos de la confesión de hoy que nos acercan un poco más a nuestra última investigación.

DR. CERVANTES: ¿Se han producido más casos?

INSPECTOR ONESIMO: No, es decir... tenemos otras investigaciones abiertas en paralelo. Tan sólo necesitamos saber si el individuo tiene algo que ver con este caso o no. De hecho aún estamos tratando de establecer una conexión entre ellos.

COMISARIO CHANFLETAS: De todos modos resulta más que obvio el que las víctimas tienen un nexo en común con el asesino.

INSPECTOR ONESIMO: Señor comisario, hágame el favor de no adelantarse a los acontecimientos.

DR. MIRAVILLAS: Bueno pues... ¿Qué van a hacer? ¿Piensan seguir interrogando al sujeto?

COMISARIO CHANFLETAS: Hasta que confiese.

INSPECTOR ONESIMO: Pero, vamos a ver, señor comisario... –Articuló el inspector exasperado– ¡¿Cómo coño puede usted culpar al señor Pesebre sin tener más indicios que su propia intuición?!

COMISARIO CHANFLETAS: ¡Pues claro que lo sé, gilipollas! Son elucubraciones mías...

DR. JOÑO: A mí 'elucubración' me suena como a 'lubricación'.

DR. RABADAN: Yo tuve una novia que no lubricaba bien...

INSPECTOR ONESIMO: Por favor, les ruego que no le hagan demasiado caso a mi compañero. El señor comisario ha sido expuesto a mucho estrés últimamente.

COMISARIO CHANFLETAS: ¿Qué coño estrés? ¡Maricón de mierda! ¡Será que el señor inspector de pacotilla va de Sherlock Holmes cuando no es más que un puto subnormal e incompetente de las pelotas!

INSPECTOR ONESIMO: ¡Eleuterio! ¡¿Cómo te atreves a rebajarme así delante de estos caballeros?!

COMISARIO CHANFLETAS: ¡Las verdades ofenden!

INSPECTOR ONESIMO: ¡Y las calumnias también, pedazo de imbécil!

DR. CERVANTES: Señores agentes, se lo ruego... Hágannos el favor de relegar sus problemas personales para otro momento más apropiado. ¡Estamos tratando de cooperar con ustedes!

INSPECTOR ONESIMO: Lo lamento de veras, doctor... El señor comisario tiene razón al fin y al cabo. Le seguimos la pista a su paciente porque todos los indicios apuntan hacia él.

COMISARIO CHANFLETAS: Sí, y el señor inspector también tiene parte de razón... aunque sea un engreído y un gilipollas de mierda. Están siendo unas semanas muy duras para todos nosotros.

DR. CERVANTES: Está bien, pues si no se les ofrece nada más por hoy...

INSPECTOR ONESIMO: Sí, bueno... pueden volver a su trabajo. Continuaremos con los interrogatorios mañana sobre las diez. En principio el señor Pesebre coopera sin oponer resistencia.

DR. MIRAVILLAS: Si me permiten, y si no es mucho preguntar... ¿Cuál es ese indicio que les lleva a concluir que nuestro paciente tiene algo que ver con sus investigaciones?

COMISARIO CHANFLETAS: La mierda.

DR. JOÑO: ¡Ja ja ja ja! ¿Ha dicho ‘la mierda’?

DR. MIRAVILLAS: ¡Ja ja ja ja!

INSPECTOR ONESIMO: Bueno, sí... así es. Como bien dice nuestro impertinente señor comisario, esa fijación por las heces nos hace sospechar de él como presunto autor material de los crímenes.

DR. RABADAN: ¿Y qué tienen que ver las heces?

INSPECTOR ONESIMO: Hay una de las víctimas... tenía varias heridas en el torso y una perforación a la altura de la carótida que le hizo desangrarse hasta que falleció.

COMISARIO CHANFLETAS: ¡Lo apuñalaron con un cagarro!

DR. JOÑO: ¡Ja ja ja ja! ¡¿Pero, cómo es posible?! ¡Ja ja ja ja!

DR. MIRAVILLAS: ¡Ja ja ja ja!

INSPECTOR ONESIMO: Bueno, sí... eso es. Tenemos razones y varios indicios para sospechar que a la víctima la apuñalaron con un... bueno, con un... excremento que previamente había sido congelado.

COMISARIO CHANFLETAS: ¡¡Lo apuñalaron con un cagarro!!

DR. JOÑO: ¡Ja ja ja ja!

DR. MIRAVILLAS: ¡Ja ja ja ja! ¡Joder! ¡Este tío es la polla!

DR. CERVANTES: ¡Señores, ya está bien! ¡Guarden su compostura!

INSPECTOR ONESIMO: No se preocupe doctor Cervantes, eso es lo que sucedió en realidad... a Pampero lo apuñalaron con una mierda.

COMISARIO CHANFLETAS: ¡¡¡LO APUÑALARON CON UN CAGARROO!!

DR. JOÑO: ¡¡JA JA JA JA!!

DR. MIRAVILLAS: ¡¡JA JA JA JA!!

DR. RABADAN: ¡¡JA JA JA JA!!

DR. CERVANTES: ¡¡Señores, se lo ruego!! Parece mentira con esa actitud... ¡No hacen ustedes honor al juramento hipocrático!

DR. JOÑO: ¡¡JA JA JA JA!! Pero es que... ¡Joder! ¡¡Lo apuñalaron con una mierda!!

DR. MIRAVILLAS: ¡¡JA JA JA JA!!

DR. RABADAN: ¡¡JA JA JA JA!!

La reunión se prolongó durante un par de horas más en las que el comisario Eleuterio Chanfletas, completamente crecido ante tan inestimable público, les estuvo relatando otros detalles cómicos acerca del crimen mientras los doctores se partían la polla. El inspector Onésimo, un hombre cabal y sobretodo muy circunspecto, se mantuvo al margen del cachondeo. Era harto evidente que todas las pruebas señalaban hacia una única dirección... pero su instinto le hacía dudar y sólo por eso ya no las tenía todas consigo. Cuando finalmente abandonaron la sala el doctor Cervantes se encontró a solas con el inspector mientras éste bebía en una de las fuentes.

DR. CERVANTES: Disculpe inspector...

INSPECTOR ONESIMO: ¿Sí? ¿Se le ha olvidado mencionar algo?

DR. CERVANTES: Bueno, tan solo quisiera darle mi consejo profesional... lejos de la sorna que se traía el resto del equipo.

INSPECTOR ONESIMO: Pues nada, dígame...

DR. CERVANTES: Bueno, quisiera hacer hincapié en que tal vez debería usted explorar el pasado de nuestro paciente.

INSPECTOR ONESIMO: ¿Se refiere a indagar en detalles de su infancia y adolescencia?

DR. CERVANTES: Eso es. Si nuestro paciente tiene un móvil y este no resulta obvio, tal vez tenga algo que ver con los primeros años de su desarrollo como persona adulta...

INSPECTOR ONESIMO: Está bien, me dejaré guiar por su consejo. El tiempo apremia... pero por probar no se pierde nada. Le agradezco su interés y sobretodo su colaboración.

DR. CERVANTES: Dios les bendiga.

* * *

CUADERNO DE BITÁCORA ESTELAR

CUARTA PARTE

Niveles de maricón

Hubo una vez en que discutí acaloradamente con el almirante Galeotis acerca de si el maricón nace o se hace. ¿Qué fue primero, el huevo o la gallina? Resulta obvio que teníamos puntos de vista encontrados. Él sostenía que todo homosexual nace poseedor de dicha condición y durante el transcurso de su vida se ve obligado a crecer luchando por sobreponerse a ella... ya que comerse las pollas de otros hombres, en nuestra sociedad y seguro que aún a día de hoy, continúa siendo un completo despropósito. Nada más lejos de la realidad, por supuesto. Galeotis únicamente trataba de reiterarse en el típico discurso progresista de mierda de aquellos que son incapaces de ver que la realidad es siempre muy distinta a ese lamentable ideal en el que sólo los tontos se obligan a vivir inmersos. No os negaré que yo también pensé así alguna vez, mientras fui un ingenuo, claro... pero, como para entonces ya no lo era, aproveché la coyuntura tratando de ilustrar al candoroso almirante con mi particular lucidez y sensata clarividencia. Dos son los principales niveles de maricón y, aunque podríamos añadir algunas subcategorías más, es mejor distinguirlas según la forma del contagio.

–**Maricones de primer nivel:** Estos son los ocho descendientes directos de los primeros maricones del espacio que consiguieron establecerse en la Tierra; están repartidos por todo el mundo siendo su número siempre constante e inalterable y cada uno de ellos posee diferentes poderes paranormales a razón de las funciones que están encomendados para desempeñar. Los maricones comprendidos en esta categoría se encuentran ocupando cargos privilegiados dentro de nuestra sociedad y en diferentes puntos del planeta. Tal vez os estaréis preguntando: <<¿Cómo ha logrado llegar hasta nuestros días la descendencia de estos maricones si según tú no se pueden repro-

ducir?>> Pues bien, es correcto que penséis que los maricones del espacio no se reproducen tal y como lo hacen los seres humanos; éstos se multiplican en número a razón de los individuos a los que consiguen infectar con el VCHA y que terminarán siendo ‘Maricones del espacio de segundo nivel’, de los que ya os hablaré en el siguiente apartado. De todas formas, como os decía, tan sólo existen ocho vástagos sucesores de los primeros colonizadores maricones procedentes de Mariconia, y estos poseen la capacidad de entregar todo su ser a otro cuerpo antes de que el anterior fallezca, digamos, pinchándose un culo virgen por última vez. Por si no me he sabido explicar con suficiente claridad, ya que entiendo que el concepto es bastante complejo, metafóricamente este proceso es similar al que emplean las abejas cuando clavan su aguijón en una persona y poco después terminan muriendo; pues lo mismo: Cuando el maricón tiene presente que va a perecer, porque presume que el cuerpo en el que vive comienza ya a deteriorarse o ha sufrido daños irreparables, tratará de clavar su aguijón en los cuartos traseros de un joven efebo –escogido comúnmente con buena carga genética– para así transmitirle el GOME, o ‘Gen original de los maricones del espacio’, y continuar viviendo transmutado en un nuevo organismo fresco y lozano. Es por ello por lo que a los maricones del espacio originales se les conoce como Galanes, que aunque ya lo dije antes¹ he creído necesario volver a incluirlo aquí, así que disculpad si me redundo.

–**Maricones de segundo nivel:** Este tipo de maricones no puede decirse que sean propiamente ‘del espacio’, ya que en realidad son varones humanos infectados con el VCHA que anteriormente habitaban la Tierra siendo tan heterosexuales como cualquier otro. Son conocidos como ‘Mariquitas’. Una vez recibieron el virus del conta-

¹ ¡*Maricones del espacio! volumen 0 (nota del trad.)*

gio homosexual se generó en su organismo la desenfrenada necesidad de copular con otros hombres a cualquier hora del día, sin por ello contemplar restricciones de edad, categorías sociales, etcétera. Son, por así decirlo, como zombis revienta-culos. Peligrosísimos, vaya.

Los GAI (Grupo de Afiliados por Infección) que una vez se americanizó el término éste se convertiría en ‘GAY’, son aquellos hombres infectados e irrecuperables –preñados con bicho– que actúan como meros portadores del gen homosexual y que tratarán de extender la raza maricona por toda la galaxia. Pese a que son también de los que no tienen cura ni remedio, éstos maricones nunca podrán considerarse dentro de la categoría de los maricones de primer nivel puesto que tan sólo son, por así decirlo, trabajadores por la causa de los verdaderos ‘Maricones del espacio’ –lo pongo con la primera en mayúscula y entre comillas para diferenciar–. Los maricones de segundo nivel, al igual que sus congéneres, son altamente infecciosos aunque el único poder paranormal que poseen es la telepatía, capacidad que emplearán para transmitir datos mediante el conocido gesto de ‘la mano en los collares’. Por su condición de subespecie teminaron perdiendo la gran mayoría de las virtudes sobrenaturales propias de su raza, tales como la telequinesis, la amnepatía, la piroquinesis, la clitoquinesis, la regeneración celular, la visión térmica o la precognición. Todas estas facultades se ven mermadas por la misma genética de la que son portadores los maricones del espacio, ya que es su propia naturaleza la que las elimina por tal de que las siguientes generaciones jamás consigan sublevarse contra la original. Algo así como el caso de los mulos, que son estériles por naturaleza para que nunca más puedan volver a reproducirse.

Y a estas alturas ya os estaréis preguntando: <<Bueno, estos son lo que conocemos como homosexuales varones, pero ¿y qué hay de las mujeres lesbianas? ¿Son de Marte o cómo es la cosa?>> Pues ve-

réis, la respuesta es rotundamente NO. Tenía intención de contároslo en su momento... pero ya que surge la duda os la resolveré ahora mismo, aunque me esté *spoileando* mi propio relato. Las lesbianas no son del espacio, –menuda estupidez sería, ja ja ja– sino que son un movimiento contestatario ultra-feminista que se gestó durante la segunda mitad del siglo XV en respuesta a las necesidades sexuales que los –supuestos– varones estaban descuidando por completo. Ahora que ya conocéis la respuesta os prometo que más adelante volveré a rescatar el lesbianismo y la bollería industrial para profundizar ampliamente en tan delicado tema.

Homosexualidad en la Tierra

Mucho antes de fundar Mariconia y tomar apariencia antropomórfica, los maricones del espacio eran en sus comienzos unas horripilantes criaturas provenientes de una galaxia muy lejana. El hallazgo fue secundado por los ahora extintos humanos primigenios que habitaban el planeta Venus de nuestro sistema solar, tan avanzados tecnológicamente que incluso podían viajar por todo el universo en menos de un lustro terrestre. Durante la última expedición de mi padre, el valeroso capitán Tarsicio Petaclio, la tripulación de la nave Follaris amerizó sobre un fétido pantano del asteroide Prágmor Brabuca-450 en busca de nuevas formas de vida que fuesen lo suficientemente inteligentes como para aprender las reglas del *Black Jack* y lo suficientemente idiotas como para perder todo su dinero en el casino. El mismo Tarsicio, acompañado por diez de sus más calentorras concubinas, abandonó la nave dispuesto a adentrarse en aquella charca pestilente que, según certificó la gobernadora venusiana en su última asamblea, reuniría las condiciones idóneas para ser habitado. Lo cierto es que la gobernadora venusiana era en realidad una puta especuladora de mierda que se pasaba la normativa de recalificación de terrenos por los filetes del papo. Así pues, uno podía llegar fácilmente a la conclusión de que el verdadero propósito de aquella expedición venía a ser meramente lucrativo y no de interés científico o cultural.

El constante hedor del pantano resultaba tan putrefacto y desagradable como estar metido de cintura para arriba dentro de un contenedor colmado hasta los topes con desperdicios de pescado, hortalizas podridas, pañales con restregón y compresas de noche con claros indicios de la visita del Octubre Rojo. Dos horas más tarde el intrépido capitán Petaclio descubrió lo que parecían ser restos de una astronave de transporte para turistas que debía haberse estre-

llado allí por error o porque el conductor iría distraído tratando de seleccionar sus canciones preferidas en el Ipod. Tarsicio Petaclio, que era de todo menos un puto cobarde, se aventuró a inspeccionar la astronave dominguera y allí se encontró con los cadavéricos restos de aquellos pasajeros que según el itinerario se disponían a visitar las termas de Las Pedroñeras-K75 en un viaje organizado de esos en los que anuncian que te van a regalar un jamón y el garrafón aceite pero que luego resulta que tratan de venderte productos de higiene personal, colecciones de libros o seguros del hogar a base de emplear el chantaje emocional y otras malas artes.

El panorama era desolador; el interior de la astronave parecía el camarote secreto del barco de los *Goonies*. El suelo se encontraba completamente cubierto por restos humanos en avanzado estado de descomposición; sobre los asientos aún permanecían varios esqueletos de los venusianos que vestían con tristes atuendos de turista japonés, es decir: bermudas de colores estridentes, camisas con estampados de flores, ridículas gorras y esperpénticas gafas de sol. Los esqueletos son una cosa curiosa, si lo piensas bien en realidad vienen a ser como las raspas del pescado. Me imagino una bolsa con vísceras y raspas de ser humano colocada encima del mármol de la cocina, y los cuerpos sin cabeza de unos tíos en el fregadero, esperando a que los envuelvan con film transparente para meterlos en el congelador de un pescado gigante que se llama Larry. Qué cosas se me ocurren.

–Vale, por aquí está todo despejado –Comunicó Tarsicio a la frecuencia de sus compañeros. Apenas tuvo tiempo para estirar la mano y agarrarle la cámara de fotos de cuarenta mega píxeles a uno de los cadáveres cuando de pronto una extraña criatura se asió contra sus nalgas en un violento embiste.

– ¡AAAAAAH! –Gritó endiablado Tarsicio Petaclio al desplomarse contra la montaña de escombros. Lo último que pudo sentir justo antes de desvanecerse fue la descomunal penetración perpetrada por

un vasto miembro atravesando su recto y que poco después comenzó a succionarle las entrañas tal como si le hubiesen conectado el tubo de una potente aspiradora directamente con el ojete.

Turbado aún por el shock, el capitán Petaclio recuperaba el conocimiento semanas más tarde. La cegadora luz que resplandecía por toda la sala le hizo caer en la cuenta de que se encontraba en un centro de atenciones hospitalarias, más concretamente tumbado boca abajo en una camilla de hidro-regeneración. Gracias al candor y a la sensación de esterilidad que le proporcionaba el fulgor lumínico de la sala de Hidrogénesis consiguió sentirse a salvo otra vez, aunque dicha sensación no se iba a prolongar demasiado. Le pesaban los parpados como si estos fuesen dos persianas de madera de roble maciza. Cuando por fin consiguió despegarlos la imagen que recibía del exterior no llegaba a ser del todo nítida. Varias personas le rodeaban formando un corro, parecía como si un equipo de cirujanos estuviese a punto de llevar a cabo una complicada intervención. Poco después fue recobrando paulatinamente aquel escozor que la inusitada penetración le hizo sentir justo antes de desmayarse, tal como si un grueso conducto se hubiese clavado hasta el fondo de su culo y le estuviera succionando con la fuerza de una aspiradora Polti puesta en potencia número cuatro. Como pudo, volvió la vista hacia sus nalgas para descubrir aterrado que el extraño ser que le había embestido mientras exploraba la astronave-turista aún se encontraba aferrado a sus cuartos traseros sacudiendo unos mucilaginosos tentáculos. Un grito ensordecedor se ahogó en los pasillos del centro de asistencia venusiana. La enfermera jefe que visitaba la habitación contigua palideció de golpe ante tan descomunal alarido... y hasta se le erizó el vello de ambos brazos.

Capitán Tarsicio W. Petaclio

**REFLEXIONES DE UN HUMANO
HETEROSEXUAL**

PREGUNTAS SIN RESPUESTA

Lo primero que nos dieron a conocer durante el siglo precedente al nacimiento de Jesucristo –que como os adelantaba anteriormente fue él quien destapó el sigiloso entramado de la incontrollable pandemia homo-vírica– vino a ser la filosofía y las preguntas complicadas que hacían que la gente de a pie se sintiese insignificante y se volviere majareta tratando de responderlas. Claros ejemplos de ello son:

- ¿Existe Dios?
- ¿Qué sentido tiene vivir?
- ¿Existo de verdad o soy producto de mi propia imaginación?
- ¿En qué piensan las mujeres cuando están solas?
- ¿Qué pensarán mis amigos sobre mí cuando me ven borracho?
- ¿Por qué cuando pides el borrador a hacienda te lo envían mal calculado, y encima con la devolución siempre a favor del gobierno?
- ¿Para qué coño sirve en realidad mi voto si al final siempre terminan haciendo lo que les sale de los cojones con este puto país?

...y todas esas intrincadas cuestiones que, si existiese Dios, incluso él sería incapaz de resolverlas sin contemplar la posibilidad de que fuesen producto de una magna conspiración intergaláctica. Así pues, las preguntas existenciales y sus diversas respuestas fueron la primitiva forma de dominación que pergeñaron los maricones por tal de someter a la sociedad masculina del planeta Tierra, ya que con éstos no funcionaba su mal lograda técnica de seducción que tan sólo era válida para las mujeres.

A partir de entonces el hombre comenzó a hacerse preguntas, y fue la curiosidad instigada por los maricones del espacio el verdadero punto débil que tenían en común los entes heterosexuales por lo que,

con mucha habilidad, durante todos estos años han tratado de alimentar y expandir la confusión a través de las religiones, la filosofía, las ciencias políticas, las normas jurídicas o –incluso– el reglamento de deportes tales como el fútbol... contribuyendo así a que cualquier varón en la Tierra fuese capaz de llegar por sí mismo a la conclusión de que lo que verdaderamente necesita uno para ser feliz es dejarse dar por el culo.

* * *

CUADERNO DE BITÁCORA ESTELAR

QUINTA PARTE

Los Pentaculat

Considerados el eslabón primitivo de los maricones del espacio, estas repugnantes criaturas cuya apariencia se asemeja a la de los calamares –por buscar un símil asequible–, tienen forma como de trapo empapado y cochambroso tirado por el suelo. Si bien no se les puede emparentar directamente con las medusas marinas, estudios de investigación revelan que los pentaculat son organismos cefalópodos, agnatos y amniotas, cuyos órganos y tejidos gelatinosos se alimentan principalmente de gas metano. Su estructura ósea recuerda a la configuración metacarpiana de una mano y de su abdomen cuelga un manubrio tubular, con la boca en su extremo inferior, a veces prolongado por largos tentáculos cargados con células urticantes. Aunque su procedencia es del todo incierta se especula con la posibilidad de que los pentaculat sean originarios del planeta HD189733b, donde existe un clima con alto contenido en gas metano que favorecería su presencia y que está lo suficientemente cerca de nuestro sistema solar como para que pudiesen haber accedido desde allí a través de las redes de turismo sexual intergaláctico.

Al capitán Tarsicio Petaclio se le salieron los ojos de las órbitas ante aquella imagen turbadora y repulsiva que de nuevo le hizo arrancarse a gritos como si fuera un poseso. Pegado a su culo, como la cría de un koala a su madre, se encontraba el nauseabundo pentaculat, que palpitaba sosegadamente como si a través de aquellas contracciones rítmicas estuviese libando el néctar del recto de su víctima. Ni uno solo de todos aquellos cirujanos que lo examinaron durante varias semanas reunió el valor suficiente como para intervenir sobre tan desagradable organismo. Su tacto era frío y gelatinoso; con cada latido espasmódico el bicho bombeaba una densa

capa de mucosa fluorescente que se esparcía chorreando sobre las nalgas del capitán.

–Por... por favor... mátenme ya –Les exigía Petaclio a los doctores entre murmullos.

–No se angustie hombre, no se lo tome tan a la tremenda... puede que al final tampoco vaya a ser para tanto –Le confesó uno de los cirujanos hablándole a través de su mascarilla.

–Sí, parece que la situación ya está algo más estable –Afirmó otro doctor que tenía los ojos bizcos.

– ¡Pero qué cojones va a estar estable, so pedazo de anormal! –Le replicó el capitán– ¿Está usted borracho? ¿Todavía tengo esa mierda gelatinosa pegada a mi culo!

– ¡Eh, eh! ¡Pshht! Menos gritos milagritos... a ver si te voy a tener que poner otra banderilla –Le contestó el bizco tratando de intimidarle.

–Tranquilícese hombre –Añadía un tercero que parecía ser el más sensato–, por eso mismo le decimos que está estable... El caso es que la criatura se ha establecido en forma de membrana sobre su recto como si éste fuese un apartamento de veraneo en Torrevieja.

Al resto de cirujanos presentes en la sala les hizo gracia el atrevido comentario del cirujano jefe y, tras las máscaras, se escucharon varias toses que pretendían amortiguar las risitas. Tarsicio Petaclio no estaba para bromas precisamente.

– ¡Pero bueno! ¡¿Pero es que me están tomando el pelo o qué?! ¡¿Se están riendo de mí?! ¡¿Quieren decir que no hay absolutamente nada que ustedes puedan hacer para quitarme la mierda esa que tengo libando de mi trasero?!

–Bueno, no sé... ¿Ha probado a hablar con él? –Le sugirió el doctor tratando de parecer serio.

–Pero ¡¿de qué narices me está usted hablando?! ¡¿De qué cojones quiere que le hable yo a esa cosa?! –Protestó Tarsicio indignado.

–Hombre, como veo que van a pasar algún tiempo juntos... en realidad sólo es una propuesta, tampoco es para ponerse así, oiga.

–Puede que el bicho le haya cogido cariño –Le comentaba el doctor bizco con sorna–. A lo mejor lo único que quiere de usted es que sea su amigo o algo así.

–Eso, como dice el Torcis, tal vez sería una buena mascota... – Intervino el doctor sensato tratando de quitarle hierro al asunto–. Piénselo hombre...

– ¡Se hacen llamar doctores y son todos una panda de hijos de puta! ¡Les demandaré! ¡Suéltlenme, cabrones! ¡Quiero irme a mi casa! ¡Todos ustedes están enfermos!

– ¡Chsst! Cállese hombre, que va a despertar al bicho. Además, por lo visto el que tenga eso ahí pegado no le impide hacer sus necesidades fisiológicas ¿no es verdad?

– ¡Santa madre de Flómar! ¿Me están sugiriendo que cague a través de esa cosa? –Tarsicio Petaclio comenzó a resignarse– ¡Sáquenme de aquí, se lo ruego por favor!

–Ande hombre, cálmese. Ahora mismo le inyectamos la morfina de las doce y se me echa una siestecita. Este... enfermera por favor, sírvame otro carajillo de anís si es usted tan amable.

–No nos queda anís, doctor –Sugirió una voz femenina.

–Bueno, pues no sé... sírvame una copa de Pacharasco mismo.

– ¿Se la pongo en un vaso con hielo, doctor? –Le preguntó la enfermera que entonces se encontraba justo detrás de él.

– ¡Sí claro, para que se me resfríe y se me ponga la polla azul como el rabo de un pitufo! –Respondió el cirujano despertando nuevamente las sardónicas carcajadas de sus compañeros que pillaron al vuelo aquel chiste tan malo sobre pollas. Desde luego que los muy cabrones se lo estaban tomando a guasa y a pitorreo.

– ¡Ustedes también se están riendo de mí, hijos de puta! –Protestaba el capitán– ¡Les demandaré! ¡Juro por la vida de mis hijos que esto no quedará así!

–Pues mire oiga... haber recurrido a la sanidad de pago. Que luego siempre nos están criticando a la mínima que nos equivocamos en algo.

La gruesa aguja de una jeringa traspasó el glúteo izquierdo del capitán Petaclio que gritó de dolor hasta quedarse prácticamente afónico. Poco antes de desvanecerse el timbre de su voz se había afeminado hasta tal punto que sus chillidos parecían los de Jamie Lee Curtis en la película de *Halloween*, y es que no era para menos... Tarsicio Petaclio estaba a punto de convertirse en el primer individuo venusiano que expandiría la semilla de la especie homosexual a través de nuestra querida galaxia.

Cadáver errante

Transcurridos unos meses Tarsicio Petaclio regresó a su planeta natal con el alienígena succionador amotinado aún contra su trasero. Era de noche en la rambla del Caratuleo, el barrio donde vivía. Desde que ingresó en el centro hospitalario no había vuelto a tener contacto ni con su esposa ni con sus hijos y estaba emocionado ante el inminente reencuentro. Todo aquel sufrimiento que llegó a experimentar mientras estuvo internado en la unidad de cuidados intensivos se mitigaría junto al calor de sus seres queridos; tenía la sensación de haber vivido una verdadera eternidad alejado de ellos.

Al encontrarse frente al porche de su casa se echó mano a los bolsillos y pronto cayó en la cuenta de que no llevaba las llaves, con lo que optó por llamar pulsando el timbre tres veces, tal y como acostumbraban a hacer los demás miembros de su familia. Después de varios intentos nadie había salido aún a recibirle.

– ¡Sé que estáis ahí! –Gritó sonriente contra una de las ventanas en la que revoloteaban los visillos– ¡Acabo de ver cómo apagabais la luz de la cocina! Ja, ja, ja ¡Ya sabía yo que me recibiríais con una fiesta sorpresa de bienvenida!

En toda la calle apenas se escuchaba el isócrono canto de los grillos y el zumbir de los fluorescentes en las farolas, el resto estaba en calma, como si todo su barrio se hubiese convertido en un pueblo fantasma del lejano oeste. Desde luego que si aquello era una fiesta sorpresa estaban sabiendo ocultarla hasta el final.

– ¡Abridme, venga! ¡Que soy yo! –Insistió dando golpes con la aldaba– ¡Va, que me muero de hambre!

– ¡Lárgate de aquí, monstruo! –Musitó débilmente su mujer al otro lado de la puerta.

– ¿Cómo? ¡Puta mierda, joder! ¡Cabrona! ¡Ábreme! ¡Sé que estás ahí! ¡¿Por qué cojones no queréis abrirme la puerta?! –Bramó enfurecido.

El silencio volvía a adueñarse de la escena desmoralizando al capitán, que comenzaba ya a perder los estribos.

– ¡Sabía que no me queríais una puta mierda! ¡Cabrones! ¡Hijos de puta! ¡Abridme joder, que sólo quiero hablar con vosotros!

Sus desconsolados reproches desataron el llanto de los pequeños, pero ni aun así accedieron a abrirle la puerta.

– ¡Lárgate ya, engendro! –Gritó una voz desde la casa de al lado– ¡Y no vuelvas más! ¡Que aquí no te quiere nadie!

– ¡Putaa! ¡Putaaa! ¡Más que putaaaa! –En cuanto Tarsicio comenzó a gritar encolerizado el cielo pareció escucharle y se puso a llorar sobre él. El capitán pidió clemencia bajo la lluvia postrándose sobre sus rodillas hasta que finalmente, extenuado, optó por darse la vuelta y regresar de nuevo al hospital.

– ¡Hijos de putaaa! ¡Cabroneees! ¡Con todo lo que yo he hecho por vosotros! ¡Me largo para siempre! ¡Desagradecidos! ¡Mamonees! –Tarsicio tomó una de las piedras que había junto al arcén y la lanzó con toda su ira contra el cristal del tragaluz. Ni siquiera del silencio obtuvo respuesta.

Compungido y solitario caminó durante horas por aquellas calles desérticas en dónde años antes había sido un hombre feliz y que ahora se convertían en un sendero sin luz a medida que se iba adentrando en ellas; a cada momento el capitán se preguntaba con angustia si lo más sensato sería poner fin de una vez a su dramática existencia. En la estación de Maine todavía se encontraba aparcado el mismo transborda-bus de la línea regular que le llevó hasta allí, así que se sacó un billete de vuelta con los escasos yabs que le quedaban.

–Uno para el Hospital de Saint Chopped, por favor –Le pidió al taquillero del andén.

Nada más entrar el piloto se le quedó mirando el trasero como si hubiera visto pasar a Jennifer López en persona; la poca gente que se aventuró a sentarse a su alrededor observaban de reojo la horripilante protuberancia que rebosaba moqueando y burbujeando por la parte trasera de sus pantalones. En otras circunstancias hubiese protestado... pero ahora ya le daba igual, era consciente de que a los ojos de los demás sería siempre una abominación monstruosa. Nunca más quiso volver a saber nada de su familia ni del resto de la asquerosa humanidad, tanto su mujer como sus hijos se desentendieron de él aquella noche en la que decidió convertirse en un alma errante hasta el fin de sus días.

Transcurridos unos meses Tarsicio Petaclio fue llamado a participar en un *reality* televisivo para relatar su escalofriante testimonio. Atendiendo a las súplicas que demandaba, la gobernadora venusiana accedió a habilitar el Pentáculo, un recinto especial donde el círculo de científicos más importantes y prestigiosos de Venus estudiaría a la criatura mientras el infortunado capitán pudiera mantenerse con vida. Por su parte, los agentes del CSI de Ishtar se comprometieron a proceder con la autopsia una vez hubiese fallecido. El capitán Petaclio, que tras varias semanas en observación estaba ya hasta las pelotas de comer a través de una sonda, reunió todas sus fuerzas decidido a levantarse de la cama ni que fuese por última vez confiando en que conseguiría llegar hasta la máquina de los pasteletos para comerse un *Lion* que se le había antojado. Como pudo, fue arrancándose los tubos y cables que le mantenían con vida hasta que sólo le quedó por sacarse aquel condenado pentaculat que continuaba aferrado a su trasero como si fuese un tatuaje.

– ¡Sucio engendro maloliente de las galaxias! ¡Te odio con todas las fuerzas de mi corazón y no me importaría morir con tal de que tú también lo hicieras! –Le dijo, pero como de costumbre el parásito succionador hizo caso omiso a sus improperios. Estaba ahí, imper-

térrito e inmanente, manteniéndose al margen ante cualquier posible enfrentamiento; incluso parecía alegrarse con la desgracia de su hospedador.

El aciago capitán trató de bajar de la camilla ayudándose con los brazos. Como se encontraba tendido boca abajo, fue descolgándose lentamente hasta que consiguió apoyar ambos pies contra el suelo, primero una pierna y luego la otra. Cuando ya tenía medio cuerpo fuera del colchón procuró incorporarse y caminó avanzando por el pasillo como si fuera un viejo con pañales; se sentía completamente deteriorado. La sensación de andar con un consolador alienígena metido hasta el mismísimo fondo de su culo le debilitaba obligándole a desfallecer en la hazaña. Durante más de media hora arrastró su orgullo tratando de alcanzar la máquina expendedora que estaba situada a quince interminables metros del observatorio de exploración rectal. Cuando el cirujano ocular Eliot Wesley descubrió al vetusto Tarsicio Petachio sacándose un *Twix* –los antojos son veleidosos– trató de detenerle y fue entonces cuando el enfilado capitán recuperó su fuerza, placando como una bestia indómita al oftalmólogo contra el suelo y ametrallándole el bullate con tanta violencia que, además de perforarle el culo a través de la ropa, hizo añicos tanto su pelvis como el alicatado del pavimento disparándose las alarmas acústicas de todo el edificio debido al agresivo bombardeo de la empitonada.

– ¡AAAAAAHRG! ¡UAAAAAAHRG! –Bramaba el oculista.

– ¡Pero mira que eres peliculero, hombre! –Replicaba Tarsicio completamente enajenado mientras le daba lo de su prima–. ¡No me chilles joder, que menudo drama te estás montando!

– ¡BUAAAAAAAAAHRG! ¡UAAAAAAHRG!

– ¡Venga ya! ¡No te quejes tanto que verás cómo luego me vienes diciendo que te gusta! ¡Uoorgh! ¡Auuugh! –Y tras unos instantes de desgarradora y salvaje cópula los ojos del capitán se pusieron en

blanco, como si fuesen los del asqueroso de David Bowie, justo antes de soltarle un descomunal chorrizo de denso esperma en todo su culo. Con la última embestida Tarsicio desplomó el peso muerto de su cuerpo encima del pobre Wesley que apenas pudo forcejear tratando de defenderse ante el inminente empujón. Cuando por fin apareció en escena el personal de seguridad del Pentáculo éstos encontraron a Eliot Wesley un tanto despeinado, sentado en el suelo y comiéndose un *Twix* tranquilamente mientras junto a él yacía tendido bocabajo el valeroso capitán Petáclio, respirando con una dificultad que presagiaba los estertores de su muerte.

– ¿Wesley? Pero... ¿Pero qué demonios ha sucedido aquí? –Le preguntó el jefe de mantenimiento.

– ¡Estaba así cuando he llegado! –Alegó Wesley levantando los brazos como si le hubiesen pitado falta– ¡Os lo juro por mi polla, que me muera ahora mismo!

Tarsicio Petáclio falleció al cabo de un par de horas en la unidad de tratamientos paliativos. Cuando los criminólogos de Ishtar se dispusieron a practicarle la autopsia el intruso alienígena que habitaba en su trasero había desaparecido misteriosamente y sin dejar ni rastro.

...

– Eliot –Le decía su compañera de quirófano a media tarde– ¿Te has fijado en que hoy llevas los pantalones rotos por la parte del trasero?

– ¡Pues claro que sí, gilipollas de mierda! –Le contestó imperturbable–. Es que ahora está de moda llevarlos así, joder.

Maryqueen se sintió contrariada, pues nunca antes había oído hablar de una moda parecida... y eso que ella se consideraba claramente apóstata del conservadurismo estilístico. Ante su expresión de desconcierto Wesley soltó una malévola carcajada. En sus pupilas resplandecía ahora el maléfico brillo de la homosexualidad, pero eso sería un secreto que tan sólo conocerían él y su difunto amante... mi padre, el valeroso capitán Tarsicio Petaclio.

Que Flómar lo tenga por siempre en su gloria.

El régimen Marico-nacionalista

El resto de la historia ya os la podéis imaginar: Tras el primer episodio de infección conocido fueron incrementándose los casos en los que, varones venusianos de todas las edades, comenzaron a desinteresarse completamente por las atenciones femeninas, prefiriendo alternar con sus fornidos amigos hasta altas horas de la madrugada. Poco a poco la pandemia se extendió y las mujeres de Venus envejecían sin llegar a crear descendencia; si bien ahora consideraban a los varones como iguales –porque se podía hablar con ellos sobre cuadros de punto de cruz y programas cortos de la lavadora– estaban a la vez perdiendo el control de su linaje. Casualmente, cuanto más atractivos se volvían los hombres, menos posibilidad tenían de copular con ellos. Varios años después de haberse producido el primer caso por contagio de aquella insólita enfermedad venérea bautizada como VCHA –ahora comprenderéis mejor la etimología del término ‘venérea’– un comité de mujeres venusianas se reunió dispuesto a emplear todo su potencial intelectual por tal de resolver tan perjudicial conflicto y devolver así la rectitud a los miembros viriles de sus compañeros masculinos, que desde entonces se metían en la cama con ellas únicamente para dormir. La cosa, como era de esperar, no consiguió surtir efecto... lo más que llegaron a resolver fue un sudoku –bastante fácil, todo hay que decirlo– que venía en la sección de pasatiempos de una revista de cotilleos.

Poco a poco el porcentaje de mujeres fértiles fue en detrimento mientras que el número de infectados en la población creció hasta doblar la cantidad de individuos que representaba la comunidad femenina. En las siguientes elecciones al parlamento de Venus los ‘Maricones del espacio’ –Priscilla Dietrix acuñó el término en la portada del *Maxwell post*– presentaron un grupo político cuyas listas aspiraban a formar parte de la estructura democrática del gobierno

central del planeta. Tras una campaña electoral cuyo agresivo eslogan fue ‘¡Tu ojete es nuestro!’ los maricones arrasaron en las urnas, tomaron el control del gobierno venusiano y fundaron un nuevo orden nacionalista que sometería a las hembras promulgando el ideario que cautivó a los votantes varones y que decía algo tal que: ‘Si no te las vas a follar, no te sirven para nada’. Así fue como, una vez ganadas las elecciones por mayoría ajustada, se extendió la doctrina del Régimen Marico-nacionalista que rebajaría la casta de las mujeres hasta tal punto que éstas fueron consideradas una raza inferior y terminaron recluidas en campos de concentración donde los maricones las utilizarían como meros recipientes destinados para la gestación; incluso su inseminación sería inducida de forma totalmente artificial. A esta nueva corriente política del planeta Venus se la conoció como el ‘Régimen marico-nacionalista del partido de los trabajadores marico-nazis venusianos’, cuyas siglas fueron RM-PTMV y que fue fundado por su prestigioso líder Rodolfo Vanderculen, uno de los cancilleres marico-nazis más carismáticos y depreciables de todos los tiempos.

Gracias a la dictadura marico-nacionalista los maricones del espacio vivieron una época de auge y esplendor, disfrutando a tope de todos los lujos que recibieron en herencia de la consolidada sociedad de las mujeres de Venus y convirtiendo el planeta en su primera conquista hasta que, novecientos años después, emplearon la tecnología venusiana para trasladar sus colonias a Mariconia, un nuevo mundo que pretendían comenzar desde cero decorándolo a su manera... como cuando te montas tu propio escenario en el *Warcraft*. Mariconia creció como un planeta próspero y saludable – medioambientalmente hablando– mientras que Venus fue deteriorándose hasta la completa desidia puesto que los maricones termi-

naron empleándolo como vertedero cosmético para que Mariconia pudiera mantenerse impoluto y siempre libre de contaminación.

El planeta bujarra gozaría de cuatro siglos de historia hasta que finalmente acabaría siendo arrasado por los cazadores de cabezas del cinturón de Somantopollas durante la batalla de Mambrada. A partir de ahí comienza el éxodo de maricones hacia la Tierra y con ello la amenaza homosexual llega hasta nuestros días.

Pero eso ya es otra historia.

VOLUMEN IV

LA SINGULAR ADOLESCENCIA DE POLLA PESEBRE

* * *

CRÓNICA DEL LESBIANISMO EN LA TIERRA

* * *

BREVIARIO DE HISTORIA HOMOSEXUAL

MORCILLA GÓTICA

Aunque hacía ya varios meses que lo habíamos dejado, de vez en cuando Sebo me llamaba para ver si tentándome un poco por teléfono accedía a quedar con ella y terminaba haciéndole un dedo como de costumbre. Entonces tenía tan sólo diecinueve años, pero yo ya sabía que aquella relación no me iba a llevar a ningún sitio. Fue por eso por lo que, entre otras cosas, decidí abandonarla... y ya se sabe que basta con que pases de las tías para que éstas recuperen el interés y se pongan más obstinadas y persistentes que la secuencia de fotogramas de un capítulo de Delfy.

Comprendo que podrá sonar bastante cruel el que me refiera a mi ex como 'La gorda' reiteradas veces pero es que, a fin de cuentas, resultaría hipócrita por mi parte utilizar un eufemismo en este caso; lo cierto es que llamar 'gordita' a una mujer ya es prácticamente como gritar 'gestapo' en una fiesta de *hanukkah*. Pues bien, la chicafoca llevaba toda la semana llamándome; cada tarde, sobre la misma hora. Después de tanto insistir finalmente opté por dejar atrás las buenas maneras y decidí hostilizarla, ninguneándola tanto como pude por tal de que me dejase en paz de una maldita vez. Insisto, sé que puede sonar despiadado, no lo dudo en absoluto, pero os aseguro que si hubieseis llegado a conocer a 'Sebo, la gorda' me daríais la razón tanto como yo os la estaría dando a vosotros en este preciso instante. Por muy gorda y marginal que pudiera llegar a ser, Sebo me trató como a un criado filipino durante los casi seis meses que duró mi relación con ella. Cuando la conocí tan sólo era una chica melancólica y acomplexada, con un importante déficit de cariño y atenciones... pero a la que pudo tomarse confianzas conmigo la muy zorra llegó a anularme hasta tal punto que me hizo sentir como si fuese un vulgar florero ¿sabéis? Quiso convertirme a mí en la gorda de la relación. Es decir, a las gordas no se las puede ayudar con cum-

plidos o buenos propósitos, no. Jamás se las debe compadecer. Lo único que ellas pretenden es encontrar a alguien suficientemente comprometido e ingenuo como para hacerles pagar por todo el daño que los demás les han hecho sufrir a ellas durante su azarosa vida de gordas. La triste realidad de mi relación con Sebo es que podría resumirse en un solo párrafo tal que así:

<<Polla, hoy he quedado con mis amigas para ir al cine así que no te puedes venir. Polla, hoy me voy de viaje y no vuelvo hasta el lunes que viene... así que te quedas solo. Talentus, tenemos que ir con tu coche a buscar a una amiga mía que vive en pleno centro de la ciudad. Talentus, hoy tengo la regla y no me apetece ni que te acerques a mí. Talentus, tienes que irte a tu casa porque quiero estudiar y si estás conmigo me distraigo y no me concentro. Talentus, tendrás que invitarme a comer porque con las prisas no me has dejado ir a sacar dinero al cajero y estoy sin blanca. Vámonos, que tú te lo estarás pasando muy bien pero a mí ya comienza a dolerme la cabeza. No, no me apetece quedar con tus amigos porque me caen mal. ¿Vienes a buscarme a mi casa? Es que no tengo ganas de ir caminando hasta la tuya. No, no quiero ir al concierto ese contigo porque estoy muy cansada. Polla tengo hambre. Polla tengo sed. Polla tengo sueño. Polla tengo frío. Polla me duele mucho la cabeza. Estoy triste y agobiada, ya sé que tendría que estar contenta porque estás conmigo... pero me siento así y no lo puedo remediar. ¿Otra vez vamos a cenar al mismo sitio? No Polla, no quiero ir contigo a ver esa ridícula película sólo porque a ti te guste. No Polla, no escucharé tus discos porque te aseguro que no son tan buenos como los míos. ¿Vamos a hacer algo esta tarde? porque yo me estoy aburriendo como una ostra y para estar así mejor me voy a mi casa. Mira ese tío, está buenísimo, me encantaría comerme su tableta de chocolate entera y luego quedarme dormida entre sus fuertes y varoniles brazos musculados ¡Qué lástima que sea gay! Ya sé que acabo de eructar como si

fuese un borracho en una caverna, pero si estás conmigo tendrás que quererme tal y como soy. No Polla, hoy tampoco me he lavado el pelo, ya sé que soy una puta guarra de mierda y todo eso pero si me quieres tendrás que aceptarme tal y como soy, tanto con mis virtudes como con mis defectos. ¿Qué me vas a hacer de cenar? Lo siento, ya sé que era tu cumpleaños Talentus, pero es que he olvidado comprarte tu regalo, espero que no te importe. Mira Polla, no me gusta nada tener que ser yo quien decida siempre las cosas. Córtate el pelo Talentus, no me gusta cómo te queda cuando lo llevas así. Llámame tú desde casa que yo me he quedado sin saldo en el móvil. Ya sé que es sábado por la noche, pero no tengo ganas de salir ni de hacer nada... y de follar ni hablamos, que te conozco. >>

En efecto, para ser gorda tenía más requisitos que un Mogway. Hubo una noche en la que ya no pude más y fue precisamente el día de su cumpleaños cuando la gota por fin colmó el vaso. Por tal de hacerle un gran favor a la chica-foca en una fecha tan señalada me vi obligado a pasarme la tarde entera haciéndole de chofer, yendo y viniendo para recoger a todos sus amiguitos que, como eran igual de desinteresados² que ella, no tenían ganas de venir a pata... por lo que me tocó a mí ser quien debía salir a buscarlos uno por uno. Claro, 'como Talentus es un cacho pan... pues no le importa en absoluto hacerlo'. No contaron con que estaban a punto de hacerme estallar las pelotas. Me había pasado ya varias horas seguidas conduciendo sin parar, estresado porque los estúpidos amiguitos de Sebo no dejaban de cacarear y hacer el imbécil mientras yo trataba tan sólo de concentrarme en la carretera. Estuve un cuarto de hora frente al portal de su amiga Úrsula, esperando a que ésta bajase, cuando de pronto mi conciencia me pidió que recapacitase por un instante e hiciese balance de la situación. Efectivamente, llegué a la conclusión

² *Obviamente, es ironía (nota del trad.)*

de que la gorda me estaba tomando el pelo. En el momento en que me vi esclavizado al volante como un vulgar Morgan Freeman en ‘Paseando a Miss Daisy’ se terminó mi paciencia y, en cuanto llevé al último de los invitados a la fiesta, di media vuelta con el coche y me largué para casa sin decir ni esta boca es mía.

Después de mi espantada pasaron varios días hasta que por fin Sebo se dignó a llamarme por teléfono. Estaba claro que, según su versión, toda la culpa había sido mía... como de costumbre. Después de saludarme con ciertos aires de fastidio lo primero que hizo fue reprocharme el que, tras largarme de allí sin decirle nada, todo el mundo preguntaba por mí y, claro, ella lo pasó muy mal. Vaya... ¡Pobre gorda! Supongo que si aquella misma noche ella hubiese tratado de localizarme llamándome al móvil yo habría acabado cediendo... y seguro que hubiese vuelto con las orejas gachas. Pero claro, eso no fue lo que sucedió. Y me alegré, porque estoy convencido de que en cuanto terminó su mierda de fiesta de cumpleaños toda aquella puta gente –tan falsa y tan imbécil– se vieron obligados a joderse y volver a sus puñeteras casas por su propio pie.

– ¡Que se jodan y que les den por el culo! –Debí pensar–. ¡Que son todos unos pijos de mierda!

Semanas más tarde Sebo y yo acordamos quedar para hablar del tema; por lo visto ella estaba dispuesta a abandonar nuestra relación definitivamente. Menudo cuadro. La muy imbécil se presentó vestida de negro como una puta viuda, con el pelo recogido en una coleta churretosa para estar más fea y repulsiva si aún cabía la posibilidad... Ya veis, puro paripé fraudulento de mierda. Durante media hora de reloj estuvo largándome un rollo incomprensible acerca de lo mal que lo había pasado saliendo conmigo y no sé qué hostias más. No lo recuerdo muy bien porque, a decir verdad, la retahíla de anécdotas resultaba de lo más inverosímil. La muy palurda me contó una historia extrañísima que parecía no tener nada que ver conmigo y ni

coincidía en absoluto con la realidad que había vivido yo mientras estuvimos saliendo juntos; todo era ella, ella, ella, ella y otra vez ella. Entre tanto, la gorda gesticulaba haciendo aspavientos como si fuese una de esas negras raperas que se ponen a dar explicaciones vacilando. Decididamente patético.

—Debí haberla dejado tiempo atrás —Pensaba mientras en mi cabeza sonaba *Raindrops keep falling on my head* y hacía caso omiso de tan sórdida escenita—, porque la muy zorra, pese a estar gorda como un león marino, abusó de mi condescendencia y yo la consentí todo lo que quiso y más hasta que, hartado de verme como un pelele, viré el coche y me largué la misma noche en la que ella no dejó ni por un momento de mandarme como si fuese su puñetero esclavo.

Siempre tenía que andarle detrás. Seis meses me pegué escuchando su lamento constante —porque, como os decía anteriormente, lo primero que hacen las tías justo después de que te enrolles con ellas es meterte un rollo sobre los problemas que han tenido durante toda su puñetera vida—; seis meses aguantando sus rabietas —encima eso, que cuanto más te dejas más se aprovechan de ti —; seis meses llevándola en coche aquí y allá; saliendo al cine a ver con ella las películas que ELLA quería ver —estaba hecho un puto calzonazos, lo reconozco—; seis meses yendo a recoger a sus amiguitos a la estación y llevándoles luego a sus putas casas, que además estaban cada una en el quinto coño a la derecha... total, para que luego encima, el día en que por fin se dignó a llamar, se me presente vestida de negro y haciéndose la mártir... que parecía una morcilla gótica, vieja, puta y lesbiana. Hay cosas que sigo sin comprender, supongo que Sebo la gorda forma parte también de esta sociedad cobarde y victimista en la que me ha tocado vivir, con lo cual tampoco quisiera hacer más leña del árbol caído pero... ¿Dónde estarán los verdaderos héroes?

En fin, así fue como sucedió. Durante todo su discursito/sarta de gilipolleces asentí como un vulgar pasmarote, no quise perder ni un

solo segundo enfrentándome a ella. Cuando finalmente se cansó de parlotear como una vulgar cotorra me preguntó si tenía algo que añadir, a lo que opté por ofrecerle una tajante negativa. Luego le mostré mis dedos índice y corazón en forma de uve –‘V de panceta’, quise llamar a aquel momento– y después me di media vuelta para volver a pirarme por donde había venido. Sebo se quedó allí, rabiando y mascullando. A mí me daba igual, era yo quien se había quitado un peso de encima... y nunca mejor dicho, jajajaja.

Tras dejarlo con la gorda hice unas cuantas amigas y tal, pero tampoco veía que la cosa fuese a llegar mucho más lejos pues por lo general las tías de menos de veinte años solían mostrarse bastante reticentes a dejarse hacer un dedo así por las buenas y... bueno, yo cada vez me sentía más implicado en mi empeño por esclarecer el siniestro secreto de los maricones del espacio. De modo que otra vez estaba solo, y en mi soledad había noches en las fantaseaba con tener de nuevo las nalgas de Sebo entre mis manos. El orgullo me exigía que no la volviese a llamar, me decía que estaba mucho mejor así y que me convenía más otro tipo de chica, una que no oliese a sudor ácido en cuanto caminase cincuenta metros bajo el sol ni que tuviese el pelo grasiento a partir de las once de la mañana... pero la necesidad aprieta, y Dios sabe que los hombres con estas cosas lo pasamos fatal. Tomé la determinación de alejarme cuanto pudiera de las mujeres y centrarme así en mis estudios; por lo menos hasta que hubiese terminado el instituto. Mi primera experiencia con las mujeres había sido de lo más nefasta aunque, muy probablemente, no todas las tías tenían por qué estar tan reventadas como la puta de Sebo. Ya encontraría otra mejor, por supuesto que sí.

* * *

LOS MANTRAS DE JUANANTONIO

Como mis revistas porno se habían quedado ya demasiado obsoletas quise darle un vistazo a la prensa del día —que en realidad la tenía desde el domingo porque el único que compraba periódicos en casa era mi padre— y me dispuse a mirar la sección de contactos; para pillar ideas, más que nada. El caso es que entre todo el aluvión de anuncios que ofrecían masajes orientales con final feliz encontré el teléfono de un tío que se hacía llamar ‘Juanantonio el Chamán’ y que garantizaba la posibilidad de resolver cualquier tipo de problema existencial con tan sólo una llamada... entre otra clase de servicios bastante menos decorosos. Me pareció una completa estupidez, claro está... pero por alguna razón continué leyendo la letra pequeña al pie de la publicación y descubrí con estupor una frase de entre todo el texto que me inquietó bastante. Decía lo siguiente: “Abstenerse de llamar preguntando por maricones”.

Entonces comprendí que una vez más había logrado dar con la clave. Sin pensármelo dos veces llamé al tal Juanantonio desde el fijo de mis viejos y a partir del segundo tono me tuvieron una eternidad en espera, escuchando hasta la saciedad el mismo fragmento de una de esas canciones sosainas y pastelosas de los tan nefastos Guns n’ roses (o como coño se llamen). Estaba completamente decidido a colgar cuando el teléfono comenzó a dar tono de nuevo y, desde la centralita, me pasaron con un tío que decía ser un travesti con traje de buzo. Se me llevaban los demonios. Estuve como diez minutos de reloj insultando y ultrajando al maldito travesti submarinista... lo jodido encima es que al tío parecía gustarle. Finalmente, harto de insistir y de mandarles a la puta mierda, logré contactar con Juanantonio el Chamán. Al principio me mostré un poco desengañado, pues yo esperaba encontrar una voz cálida, amable y reconfortante al otro lado del aparato. Muy al contrario de lo

que pude suponer, ésta sonaba más como si fuera el aullido de un moro borracho o el estridente canturreo de un niño de etnia gitana (borracho también). De todas formas la conversación se fue sucediendo con total fluidez, hasta el punto en que consiguió alimentar mi curiosidad cuando por fin caí en la cuenta de que aquel desconcertante vidente musulmán comprendía perfectamente cuál era la incertidumbre que me tenía en total desasosiego. Llamadlo magia si queréis, podéis hacer burla, pero os aseguro que tanto llegó a conmoverme su mística disertación que terminé por darle mi número de teléfono móvil y hasta la dirección de mi casa.

—Mi personaré en su casa in menos di dies minuto —Concluyó él empleando su tan característico acento moruno. En la vida había visto a nadie con semejante entusiasmo por tal de ayudar. Además, su anuncio no decía en ninguna parte que fuese a cobrarme nada...

Luego colgué, y no habían pasado ni cinco minutos cuando alguien estaba llamando ya al timbre de mi portería. Me asomé por la ventana para echar un vistazo y aquel que decía ser Juanantonio el Chamán resultó ser el padre de un vecino mío. El tío venía medio disfrazado con un ridículo turbante y un fular multicolor que probablemente le habría tomado prestado a su señora esposa.

—Putá crisis— Espeté, y luego me solté una cleca en la frente antes de cagarme en la puta. Alguien debía estar gastándome una broma.

—¡Qué coño quieres de mí, moraco! —Exclamé hecho una furia nada más abrir la puerta.

—¡Hola‘migo! Mí quiere qui tú saber di maricones —Me contestó él muy cortésmente, y con pasmosa serenidad, a la vez que me dedicaba una enrevesada reverencia mora.

— ¡Anda pavo, no me toques más los huevos! ¡Si te conozco, que eres el Marcelo! ¡Que ya sé que me estás trolando! Que yo jugaba con tu hijo el Dumbas y con su primo el Pichamarilla en el parque Rizal cuando éramos pequeños.

– ¡Aaaaaah! –Suspiraba el moro satisfecho–. Pero tú acierta siempre, porque Juanantonio el Chamán ti comprende siempre –El moro volvió a hacerme la ridícula reverencia y fue entonces cuando descubrí que no tenía paciencia alguna como para estar soportando toda aquella patética pantomima. De todos modos, y como el Marcelo tenía fama de haber sido siempre un tipo bastante inofensivo pese a su ostensible excentricidad, le dejé entrar en mi casa. En cuanto el falso moro pasó al comedor extendió una alfombra cutre y desportillada sobre el suelo. Mediante un gesto amable quiso indicarme que debía sentarme allí.

– ¿Qué quieres moro, que me siente? –Le pregunté.

–Sí, tú sienta ahí yo chamán ti escucha siempre –Me contestó.

Ambos nos sentamos y luego dejé que el presunto moro me pusiera sus mugrientas manos sobre las sienes. El nota iba descalzo, con los pies cubiertos por churretones grises de pura mierda y todo él olía como a una mezcla entre sobaco de vagabundo alcohólico, pachuli revenido, tenderete con artículos de cuero y estantería polvorienta. Menudo personaje estaba hecho el Marcelo de los cojones. Si la farsa no me servía para nada por lo menos se lo podría contar al Follardo y así nos reiríamos un rato con la fumada.

–Sierra los ojos –Me dijo.

No es que desconfiase de él... pero claro, siendo moro mis prejuicios me aconsejaban que fuese abriendo disimuladamente los ojos de vez en cuando para comprobar que no estuviesen entrándome a robar por el balcón o algo parecido. Entonces el chamán comenzó a murmurar en un extraño idioma que apenas alcanzaba a comprender; el pavo estuvo farfullando así durante horas sin apenas detenerse. A veces se me iba el punto y pasaba de escucharle, pero debo reconocer que, para ser moro, era un tipo que sabía cómo ganarse la atención de su público.

– ¡Ahn-samaleéj! ¡Hánsama-laaáj! ¡Hansimareeé! ¡Hasuma laaaá!

Terminó de musitar y permaneció en silencio por unos instantes, apoyando sendos brazos sobre sus rodillas. A mí se me escapaba la risa tonta viéndole tan concentrado, pegando aquellos bocinazos que vociferaba de forma totalmente aleatoria, ataviado con aquel ridículo turbante que llevaba puesto en la cabeza y que parecía que se lo hubiese hecho con papel de váter. Momentos después me indicaba gesticulando que debía reclinarme hacia adelante para que de nuevo volviera a colocar sus manos sucias contra mis sienes. A mí me daba un asco de morirme que aquel moro harapiento me tocara el pelo con las manos, pues se intuía que las llevaba llenas de grasa de haberle cambiado el aceite al coche o algo por el estilo.

– ¡Psssst, Psssst! –Refunfuñó el moro chiflando como cuando uno le llama la atención a un gato. Pensé que ya que estaba allí mejor sería dejarle hacer, no fuera a ser que me cortara en pedazos y me sirviera en un tabulé con puré de calabacín. Ya me lavaría el pelo en cuanto se hubiese largado de mi casa.

Una vez que hubo colocado sus grasientos dedos contra mi frente, el presunto moro comenzó a girar la cabeza en círculos y a susurrar palabras fonéticamente incoherentes mientras me proyectaba un alientazo a chorizo de Cantimpalos que echaba para atrás. Si le cantaba el pozo a chorizo no podía ser moro, pensé... Pero, por otra parte ¿quién era yo para quitarle la ilusión a nadie? ¿Qué iba a hacer? ¿Decirle: ‘Oye moro, que me parece que tú no eres moro porque hueles a jalufu que tiras p’atrás’? No hombre, no... Eso no se hace. Por mi parte procuré no entrometerme, pues cada uno es como es; de su padre y de su madre; libre de hacer lo que quiera con su puñetera vida... así que respiré por la boca y seguí mirando al suelo en silencio para no soltarle una atronadora carcajada en su puta cara de moro falso.

–Mira Juanantonio –Me dijo.

–Em, perdona pavo... pero Juanantonio eres tú –Le corregí.

–No me vaciles, Juanantonio –Insistió con los ojos cerrados y en perfecto castellano. Entonces me soltó un sonoro collejón justo antes de sumirse en un estúpido trance que le llevó a recitar la siguiente sarta de gilipolleces, dando a entender que su verborrea era algo así como una invocación:

– ¡¿Pero qué coño te crees que haces, pedazo de anormal de mierda?! –Le recriminé en cuanto me largó la colleja.

–Mira Juanantonio... –Me insistía.

Mira Juanantonio...

Atiende con tus peyas a este falso testimonio.

La patata es feliz en su caja de cartón.

¡Viva la perdiz!

Pendientes de maricón.

El tartufo está triste.

Tiene un sueño que te pedes.

Poker crocant... ¡Vete a cagar!

Te pasas de payaso y aquí huele a lagarto.

Cabalga la nalga Juanantonio, y sacúdete el falo.

Calcetines de esparto, son como pan de espelta.

Melón con jamón... para tu vieja la tuerta.

Lávate los dientes con jazmín y ortigas.

Tu padre lleva carmín, y se le enganchan las hormigas.

Marquesinas con cebolla, para la noche de san Juan.

Me vas a comer la polla... y por el culo te darán.

El oeste es la peste.

Cabalga la serpiente, Juanantonio.

¡Cabálgala!

Ya me había cansado de escuchar sus polladas de moro cansino, así que lo agarré por un brazo y, como el balcón tenía la cristalera abierta, tiré de él con todas mis fuerzas hasta que conseguí voltearle para que se precipitase ventana abajo. Justo antes de caer al vacío el muy cabrón consiguió sujetarse a la cornisa y fue entonces cuando le dio por ponerse a bramar completamente enloquecido, como un gorrino escaldado o un niño gitano que se lleva un merecido bofetón. Aquellos exaltados y repugnantes ojos de moro falso me miraban fuera de sus órbitas cuando finalmente opté por pisarle la mano con la que se sostenía al voladizo y, entre gritos y alaridos, terminó cayendo a la acera con una malévola sonrisa dibujada en su rostro.

– ¡Malditas películas de Tim Burton! –Grité desde mi ventana–
¡Cuántísimo daño causasteis a mi generación!

De pronto sentí un calentón en la entrepierna, se me nubló la vista y me percaté de que con tanto rollo moruno aún seguía sin pa-
jearme. Decidí llamar a Sebo y mantener una agradable conversa-
ción con ella en la que aprovecharía el tiempo de charla para cas-
cármela sin parar mientras me deleitaba con su dulce y aterciopelada
voz de gorda, que evocaría nuevamente imágenes de su gordo culo y
de sus tetas gordas.

SEBO: ¿Sí?... ¿Diga?... ¿Hola?

POLLA: ¡Ooughfs!

En cuanto me corrí colgué el teléfono sin despedirme, salí dispa-
rado hacia el cuarto de baño para coger papel y limpiar cuanto antes

el lamparón de lefa que había caído sobre las teclas del aparato. Sería un putadón terrible, quiero decir, que el lechazo llegara a colarse entre los números porque luego, cuando se seca, estos crujen al marcarlos y encima terminan amarilleándose con el tiempo. De todas formas el pajote valió la pena; cuando te sale el chorro a presión da casi tanto gusto como cuando meas después de llevar varias horas aguantándote.

* * *

CHAPARRÓN DE POLLAS

Reconozco que terminé obsesionándome con el tema y, sin ni tan siquiera pretenderlo, me convertí en una especie de ermitaño homófobo e hipocondríaco, temiendo siempre por preservar mi masculinidad frente al inexpugnable auge del nuevo orden bújarro-terrestre. Cualquier mínimo atisbo de homosexualidad por parte de los demás despertaba en mí una profunda animadversión que me obligó a refugiarme de aquella sociedad alienada y rendida a su total influjo; terminé aceptando el hecho de que cualquiera de mis amigos, profesores, familiares o conocidos podrían ser, de una forma u otra, maricones del espacio. Mi paso por el instituto fue una verdadera catástrofe. Todo estaba cambiando demasiado deprisa y, a decir verdad, creo que por lo que menos me preocupaba en aquel momento era precisamente por estudiar. El quinto curso de formación profesional iba a ser mi último año dando el callo con la nariz metida entre los libros; tenía ganas ya de terminar de una vez por todas para poder buscarme un curro decente y comenzar a vivir la vida a mi aire. Todo apuntaba a que llegaría de nuevo el verano y me volvería para casa con unos cuantos suspensos en la talega, lo cual venía a significar a su vez que muy probablemente terminaría pasándome el mes de agosto entero encerrado en mi habitación haciendo planos, estudiando para los exámenes de septiembre y toda esa mierda. Lo que más rabia me daba era que la peña de mi clase, pelotas e hipócritas del copón hasta decir basta, conseguían aprobar sin hacer el puto huevo, algo que nunca llegué a comprender.

Cada mañana solía levantarme pronto para salir a comprar el pan, luego me pegaba un par de gayolas hasta que llegaba la hora de comer y después, antes de que comenzasen las clases, me piraba al insti para fumarme un leño con mi colega el Follardo.

Follardo Cecina era un jevi marginal que tenía la panza como un balón de Nivea metido por debajo de la camiseta. Básicamente, igual que yo, vivía carente de expectativas para el futuro... por lo que prefería gastarse la paga semanal que le daban sus viejos comprándose bocadillos de salchichón y discos raros. En aquella maravillosa época donde la música todavía se grababa con cintas de noventa –ya que entonces aún no existían ni el *Napster*, ni el *Emule* y ni mucho menos el *Spotify*– lo suyo era echarse un colega jevi para que te rulase los discos. Juntos acostumbrábamos a pasar las tardes en el parque escuchando cintas con el walkman y sudando de ir a las dos primeras horas de clase, pues el pavo de tecnología nos tenía bastante pelusa. Como no conocíamos a nadie más en todo el instituto a quien pudiésemos pillarle el costo, porque al Pluma lo acababan de meter en el ‘refor’, teníamos que hacernos los porros recogiendo tachas de las que íbamos encontrando tiradas por el suelo. Debo reconocer que por aquel entonces aún estaba hecho un pardillo del jaramillo, pero como tenía por costumbre relacionarme con la puta escoria del universo en poco tiempo había conseguido ganar a méritos una plaza entre los primeros puestos de la lista de los alumnos más indeseables del instituto. Si me iban a odiar igual, por lo menos que fuese con motivo. Y si me tenían que echar, por lo menos que fuese de una merecida patada en el culo y no por las buenas... que desde luego jode bastante más.

Una tarde cualquiera en la que andábamos vagueando completamente muertos de asco el cielo comenzó a ponerse chunguísimo. Parecía como si fuese a caer el tormentón del quince, así que optamos por refugiarnos en un portal que daba a la parte trasera del instituto para poder seguir con lo nuestro.

FOLLARDO: ...Y es por eso por lo que no le encuentro sentido alguno a pegarse toda la tarde en plan ameba contemplando embobado frente al televisor cómo corren veintidós tíos detrás de una pelota.

TALENTUS: Anda pavo, no me jodas. El fútbol es el deporte rey. Lo que pasa es que a ti no te mola porque eres un indeportista de los cojones.

FOLLARDO: Menudas bufas se le han puesto a la Maite...

TALENTUS: Ya te digo, está tremenda. Le pegaba el polvazo del huracán. Ahora que me fiijo... estás más gordaco últimamente ¿no?

FOLLARDO: ¡Qué coño va a ser, gilipollas! Lo que pasa es que ahora mismo estoy aguantándome la respiración, so maricón de mierda.

TALENTUS: Anda hombre, que estoy de broma...

FOLLARDO: Te suelto un guantazo, mamón...

El jevi aprovechó que tenía la mano extendida, en su ademán por soltarme un galleteo, para comprobar si era verdad que estaba comenzando a llover. Lo flipé cosa bárbara cuando del cielo cayó un pollaco disparado como una flecha que impactó de punta contra la palma de la mano de Follardo.

FOLLARDO: ¡Aaaaahg! ¡Joder! ¡Pero qué puto asco pavo! ¡Que están lloviendo pollaaas! –Gritaba sacudiéndose la mano y restregándola contra el pantalón del puro asco.

TALENTUS: ¡¿Pero qué dices anormal?! ¿Pero cómo coño van a estar lloviendo pollas, gilipollas?

FOLLARDO: ¡¿Pos que no lo ves que están lloviendo pollas como chuzos de punta?!

En efecto, estaban cayendo pollas que daba gusto; como roscas, que se suele decir. Por la calle la gente iba acelerando el paso, pero de nada les sirvió correr pues las pollas caían con tal violencia que parecía como si estuviesen granizando meteoritos faloides. A un tío que iba sin paraguas le comenzaron a caer rabos por doquier en la cabeza y de los pollazos que llegó a recibir acabó desplomándose como un muñeco contra el suelo; la tormenta continuó arremetiendo brutal e imparable sobre el pobre hombre en plan *armageddon* hasta que éste quedó completamente enterrado bajo un manto de trancas

y dejó de gritar. Así sucedió con varias personas más que no consiguieron guarecerse a tiempo. Los que llevaban paraguas tampoco tardaron mucho en caer, el fuerte viento contribuía con las embestidas del repentino chaparrón que insistía en abatirles hasta que finalmente terminaron todos pillando la del pulpo en su tinta. Ya lo dicen que lo que más putea no es en sí la lluvia, sino el viento que la arrastra. Un descomunal rabaco hizo estallar la luna trasera de un coche y acto seguido saltó la alarma antirrobo. A Follardo le salpicó de rebote una polla en toda la frente y a mí me dio por reír.

TALENTUS: ¡Ja ja ja! ¡Qué pollazo más tonto!

FOLLARDO: ¡Me cago en toda tu puta madre! ¡Que las voy a recoger del suelo a puñados y te las voy por el culo a ver si sigues teniendo tantas ganas de reírte!

TALENTUS: No seas cabrón hombre, que yo te lo digo de broma.

FOLLARDO: Cabrón tú, que te ríes con la desgracia ajena.

TALENTUS: Oye ¿es muy común lo de que en la ciudad lluevan pollas como roscas?

FOLLARDO: Hombre, común no es... pero una tormenta así me hace recordar que cuando era pequeño nevó una vez en mi pueblo.

TALENTUS: Joder, pues aún lo estoy flipando... ¡Hostia! Hablando de flipar ¿Te conté lo de que fui a una discoteca de ambiente para maricones con la gorda?

FOLLARDO: No... ¿Este finde?

TALENTUS: Sí... Salí con la gorda por la tarde y terminé en una discoteca para bujarras que le llaman el Arena.

FOLLARDO: Joder pavo, qué chungo.

TALENTUS: Ya... Hostia, te lo juro tío, eso es como un mundo aparte. Además, resulta que salí a mear un momento...

FOLLARDO: Y te has hecho maricón.

TALENTUS: Sí, claro... y vendedor de enciclopedias, no te jode...

FOLLARDO: Ah, por cierto, cambiando de tema... Que mi hermano me ha dicho que a ver cuándo le devuelves la cinta del *No rest for the wicked*, que ya te estás columpiando cacho.

TALENTUS: Joder, pero si me la dejé anteayer...

FOLLARDO: Qué coño anteayer... te la dejé el lunes pasado... pero bueno, que tú sabrás. Como te engatille mi hermano te va a cruzir.

TALENTUS: Me lo grabo esta tarde y si me acuerdo te la traigo.

FOLLARDO: Está guapo ¿no?

TALENTUS: Sí, de los que me has dejado por ahora es el mejor... aunque prefiero los discos de cuando Black Sabbath.

FOLLARDO: Descarao hombre, no me jodas...

TALENTUS: Pues le dices a tu hermano que se vaya rulando otro.

FOLLARDO: El 'Volumen cuatro' está muy guapo también.

TALENTUS: Ese lo tengo con el primero, en una de noventa.

FOLLARDO: Mira, parece que ya empieza a amainar la cosa. Si es que ha caído todo el chaparrón de golpe...

La peña tirada por el suelo aún trataba de incorporarse mientras las últimas pollas les caían a discreción, hostiándoles por todas partes. A un tolai que estaba de rodillas y con el culo en pompa le cayó un rabazo como una flecha, directamente contra el ojo del culo; parecía que le hubiesen disparado la polla con un rifle de francotirador. El alarido de puro dolor que profirió el infeliz cuando recibió el impacto del misil balístico en todo el ojete fue desgarrador. Follardo y yo nos echamos a reír, claro.

– ¿Qué estáis haciendo aquí, riéndoos como si fuéis dos putas hienas energúmenas? –La puerta de la escuela se abrió y tras ella aparecía el gilipollas del Merlino.

José Carlos Merlino era un pedante asqueroso con dientes de caballo que además de ser imbécil me caía como el puto culo. Sin mediar palabra aproveché que Follardo le arreaba un empujón amis-

toso para ponerle la trabanqueta. Total, que le hice tropezar y entre los dos lo echamos a la calle para que se diese un buen baño de multitudes. De multitudes de pollas quería decir.

– ¡AAAAAAAAAAAAH! ¡CABRONEES! ¡QUE ME ESTÁN LLOVIENDO POLLAS! –Gritaba Merlino endemoniado. En esas que la lluvia volvió a apretar y las pollas le ametrallaban mientras nosotros nos partíamos el culo de risa en su puta cara.

FOLLARDO: ¡Ja ja ja! ¡Mira cómo te gusta!... ¡Anda que no te molan a ti los rabos ni nada! ¿Eh, Merlino?

TALENTUS: ¡Ja ja ja! ¡Di que sí, rabazo en equipo!

Las pocas pollas que continuaban cayendo lo apedrearon por doquier, como si fuesen porras de la policía cargando contra los jipido en plena manifestación anti-sistema. Poco después el imbécil del Merlino quedó totalmente sepultado bajo una montaña de ciruelos.

TALENTUS: ¡Ja ja ja! ¡Jódete Merlino, eso te pasa por maricón!

FOLLARDO: ¡Ja ja ja! ¡Y subnormal de mierda!...

Tal como predijo Follardo, la lluvia fue amainando al tiempo que los nabos se deshacían sobre la acera.

FOLLARDO: ¡Joder! ¡Vaya una que ha caído! Suerte que hemos podido guarecernos.

TALENTUS: Pues sí, porque nos llegamos a quedar ahí y se nos jode el porro seguro... Oye y ¿de qué coña estábamos hablando antes?

FOLLARDO: No sé... pues de porros, supongo...

TALENTUS: ¡No, joder! Te iba a contar lo de los maricones...

FOLLARDO: ¡Ah sí! Pero ahora que me acuerdo... mi hermano me ha dicho que a ver cuándo le devuelves el *No rest for the wicked*, que ya te estás columpiando cacho.

TALENTUS: ¡Que sí, joder! ¡Pero si me lo acabas de decir!

FOLLARDO: ¿Te conté lo del niño gitano del otro día?

TALENTUS: Creo que no.

FOLLARDO: Pues que el otro día vi por la calle a un niño de etnia gitana, que debía tener unos cuatro o cinco años como mucho, se-boso y gordo como un tonel, pedaleando con esfuerzo sobre un tri-ciclo roñoso... y bebiéndose con pura ansia un Redbull que parecía que estuviese bebiendo agua de una cantimplora en medio del de-sierto.

TALENTUS: ¡Ja ja ja! Menudo cuadro.

FOLLARDO: ¡Ya te digo! Ese no creo que llegue ni a los cincuenta.

TALENTUS: Tendrá su primer infarto antes de la pubertad. A esos chavales les iría mejor si tuviesen por tutor legal a una marmota.

FOLLARDO: Ja, ja, ja... Sí, los gitanos son la polla.

* * *

CRÓNICA DEL LESBIANISMO EN LA TIERRA

PRIMERA PARTE

La última esperanza Venérea

Durante el segundo mandato del canciller Rodolfo Vanderculen las cosas llegaron a ponerse muy feas en el planeta Venus. Los ayuntamientos y edificios oficiales de cualquiera de sus municipios, antes gobernados única y exclusivamente por las mujeres, comenzaban a lucir engalanados con glamurosos y colosales estandartes del ‘Partido de los Trabajadores Marico-nazis Venusianos’ (PTMV). La prensa y los informativos se convirtieron en el principal instrumento de propaganda política para el régimen Marico-nacionalista y ya no había un solo rincón en toda la sociedad venusiana que pudiese resistir el embiste de aquella nueva e inperante tendencia.

En plena campaña electoral por la sucesión al parlamento los piquetes lealistas infectados –que por aquel entonces representaban únicamente el quince por ciento de la población masculina del planeta– comenzaron a difundir panfletos informativos en favor de una nueva forma de sexo entre hombres que, aunque no la necesitaban porque en Venus sí había siete mujeres por cada hombre –y que encima estaban buenas–, rápidamente llamó la atención de los varones heterosexuales gracias a su convincente eslogan: ‘Si no lo has probado no puedes saber si te gusta’ acompañado por una acertada e icónica imagen en la que aparecía un robusto efebo guiñando el ojo y levantando su dedo pulgar en señal de ‘yo sí que lo estoy petando’. Además, si forzabas un poco la vista concentrándote en dos puntos, de entre las piernas le aparecía un rabo gordo y muy simpático que sonreía mientras saludaba levantándose el prepucio como si éste fuese un sombrero de copa.

El libertinaje homosexual, sus bochornosos desfiles, los indecentes delitos de exhibicionismo en público y los impúdicos escándalos sexuales a plena luz del día junto con la insoportable peste a sudor, alcohol, vaselina y orines acabaron adueñándose por completo de

aquellas calles en las que hasta entonces había imperado el esplendor y la magnificencia de la suntuosa cultura femenina.

Tras la recién instaurada ley sálica –que impedía el que cualquier partido constituido por mujeres pudiese llegar al poder– las buenas formas que el PTMV mantuvo durante su primer gobierno de coalición con ‘Convergencia Venérea’ se fueron literalmente a tomar por el culo. Una mañana en la que el canciller se levantó con una terrible erección tuvo a bien imponer por decreto una nueva ordenanza que obligaría deportar a todas las mujeres para que éstas fuesen confinadas a los campos de concentración de Tierra Afrodita en el hemisferio sur, una de las regiones de Venus donde más se hacía sentir la peste a azufre y que encima no contaba con el abastecimiento eléctrico suficiente como para poder conectar los móviles y los secadores de pelo que funcionaban a 220v.

Finalmente las mujeres de Venus tuvieron que reconocer su desafortunado error al permitir que los homosexuales terminasen llegando al parlamento... pero como en tiempos de crisis trataban de fomentar el compañerismo entre ellas decidieron que no se echarían la culpa por lo sucedido y aceptaron su nueva condición de esclavas sumisas poco tiempo después de que se produjera el abusivo y desafortunado decretazo. Cuando parecía que todo estaba ya perdido para las féminas, Mortañorda –una de las más notables dirigentes del senado venusiano que era terriblemente frígida y aburrida–, consiguió aprovechar un despiste de los marico-guardias que la custodiaban y logró escapar despegando en una de las lanzaderas que por casualidad tenía puestas las llaves en la ranura de contacto. Momentos después, y ante el desconcierto de los marico-guardias, la astronave abandonó la exosfera de Venus. La senadora pudo escapar.

Mortañorda celebró su dicha profiriendo ofensivos insultos contra el régimen de los maricones, recitando ancestrales cánticos de rebelión en plan hooligan y emborrachándose con los botellines de whisky

y acerbeza que contenía el mueble-bar, consciente de que no tendría por qué pagarlos. Tan sólo llegó a beberse un par de ellos cuando comenzaba ya a presentar claros síntomas de embriaguez; y es que todo el mundo sabe que no se debe beber con el estómago vacío.

Mortañorda se quedó dormida al volante, con la frente apoyada contra la palanca de híper velocidad, y el pedal –metafórico y literal– la condujo horas-luz más tarde hasta la estratosfera de un nuevo planeta color azul que se convertiría en su próximo hogar mientras que –pensaba ella– sus compañeras de rebelión no logran liberarse del régimen marico-nacionalista opresor y pudiesen venir a rescatarla. Sin saberlo, Mortañorda fue la única mujer superviviente que consiguió salvar su pellejo durante el tiránico y despótico régimen del canciller Vanderculen. El final de la historia del planeta Venus pasó a convertirse en el nuevo comienzo de la historia de los maricones del espacio.

* * *

Repoblando el planeta Mierda

Cuando el grupo de primates se encontró frente a frente con la senadora venusiana éstos no daban crédito a lo que veían sus ojos, se quedaron fascinados contemplándola estupefactos. Mortañorda descendió solemne de su lanzadera y saludó efusivamente a los gorilas con el brazo en alto, tal cual lo hubiese hecho un dictador fascista, a lo que los simios respondieron lanzándole zurullos, piedras, escupitajos y cáscaras de plátano por doquier. Luego, en cuanto hubieron agotado todo su arsenal, los monos terminaron huyendo despavoridos hacia su cueva. Mortañorda permaneció inmovible, confusa, con semblante estoico y completamente embadurnada por aquel aluvión de excrementos pestilentes. Nada más llegar, los habitantes del planeta azul la habían recibido arrojándole un buen salpicón de mierda; jamás se podría decir que aquel recibimiento no hubiese sido efusivo, claro... pero aquella repulsiva muestra de intenciones la hizo contraer una animadversión instantánea contra lo que ella denominó ‘El planeta Mierda’.

– ¡Empezamos bien! –Exclamó mientras los chorongos y la sangre resbalaban aglutinados por todo su rostro– ¡¡Monos de mierda!! ¡¡ME CAGO EN VUESTRAS PUTAS MADRES!!

Tras el fatal encontronazo Mortañorda procuró mantenerse al margen de la sociedad simiesca y durante semanas trató de encontrar otras formas de vida que fuesen verdaderamente inteligentes. La búsqueda resultó en vano; estaba sola y desamparada, perdida en aquel mundo amenazador dominado por unas criaturas peludas que ni siquiera conocían las nociones básicas sobre la higiene bucodental. Cuando comenzaron a escasear sus reservas de compuesto alimenticio no le quedó otro remedio que complementar su dieta hiperproteica a base de plátanos, y éstos adquirieron una doble función a la hora de saciar los diferentes apetitos de su cuerpo. Abatida, sin

anabolizantes y sin recursos energéticos, Mortañorda acabó sumida en tal depresión que incluso se planteó regresar a Venus para someterse voluntariamente al régimen de los marico-nazis y abandonar de una vez por todas aquel infierno selvático que era el planeta Mierda. Una noche, mientras dormía, un grupo de orangutanes asaltó su astronave apedreando los cristales para tomarla prisionera sin que ella pudiese oponer la más mínima resistencia. Resignada y cachonda ante la posibilidad de que los simios la violasen en manada y repetidas veces, Mortañorda se dejó llevar haciéndose la dormida. Por desgracia, y muy lejos de lo que ella se esperaba, los orangutanes la llevaron hasta su cueva y, una vez allí, la ataviaron con un delantal y un plumero para que fuese ella quien se ocupase de las arduas tareas del hogar. El planeta Mierda resultó ser una verdadera mierda.

Ante un futuro tan incierto como distópico, aquella que semanas antes había sido una de las senadoras venusianas más prestigiosas en su planeta no tuvo otro remedio que integrarse a la camada. Así que, en adelante, todas las mañanas Mortañorda les prepararía a cada uno de los gorilas la fiamblera con el desayuno para que se la llevasen al trabajo, luego planchaba sus corbatas mientras veía las noticias del corazón y sobre la una del mediodía les recibía con la mesa puesta en cuanto regresaban a casa para comer. Por las tardes se echaban la siesta un rato y luego, poco antes de que comenzase a caer el sol, ella se ponía a hacer la cena. El momento más distendido del día comenzaba a partir de las ocho, que era cuando los gorilas sacaban las cartas y se sentaban todos juntos en círculo para jugar unas cuantas partidas al *bridge*. La confianza y el roce la acercaron hasta el corazón de aquellos primates que seis meses más tarde ya la veían como una más de la familia. La época de apareamiento resultó ser de lo más gratificante para todos; los siete primates copularon uno tras otro con Mortañorda de una forma tan compulsiva y feroz

que por las noches la senadora solía irse a la cama exhausta, sin cenar y totalmente embadurnada en pomada analgésica debido a que el fornicio salvaje terminaba produciéndole unos hematomas terribles.

– ¡¡AAAAAAAH!! ¡¡UAAAARGH!! –Gritaba Mortañorda durante el coito desenfrenado.

– ¡¡BROUUUUHRGFS!! ¡¡MOUUUUHGNFS!! –Bramaban los gorilas mientras le practicaban la triple penetración en plan demolidor.

Tras una temporada sexual altamente satisfactoria el grupo terminó aceptándola como hembra orangután oficial del año y, meses más tarde, se decidieron a formalizar la situación creando una simio-familia poligámica que en ocasiones hacía fantasear a Mortañorda con que era Sigourney Weaver en *Gorilas en la niebla*. Ella se casó de blanco y los gorilas alquilaron unos fracs, porque de haberlos comprado les hubiese salido por un ojo de la cara. La cópula dio sus primeros frutos nueve meses más tarde con el nacimiento de Moropithecus, que fue a su vez el primer descendiente varón del linaje de los orangutanes con Mortañorda. El nombre lo eligió ella misma pues al fin y al cabo fue ella quien se encargó de criar y adiestrar al chiquillo por tal de que, en un futuro no muy lejano, la prole de su hijo terminara asemejándose cada vez más a lo que un día fue la extinta raza humana de Venus. Una noche, mientras reflexionaba tumbada en su hamaca, Mortañorda llegó a la conclusión de que probablemente tendría que fornicar con sus propios hijos, e incluso con sus propios nietos, para mejorar la especie... pero como al fin y al cabo las leyes del planeta Mierda las estaba poniendo ella terminó por aceptar la situación, se soltó la melena y vivió feliz al amparo de la camada, consumando tanto su matrimonio poligámico con los gorilas que llegó a crear más descendencia que toda una familia de mormones.

La senadora Venusiana sucumbió lastimosamente a manos de Mochilo –El gran gorila jorobado– durante una velada pecaminosa en la que, tratando de innovar, al intrépido simio se le ocurrió la feliz idea de que podría compaginar el almuerzo con el acto sexual. Sin calcular la violencia del impacto, Mochilo partió un coco atizando el golpe contra la cabeza de la ardiente Mortañorda mientras ésta le practicaba una felación a otro de los gorilas. Mortañorda cayó fulminada en el acto, no sin antes asestar un fatal mordisco que terminó por arrancarle la polla de cuajo al pobre de Pongo Bongo.

En honor a la hembra extra-mierdestre, la que trajo consigo el conocimiento y la plena satisfacción sexual desde los más alejados confines de la galaxia, los primates y su casta le dedicaron un monolito que pretendía representar en imagen y semejanza a Mamá Mortañorda... pero que al final acabaron por dejar con forma de rectángulo, pues era la única figura geométrica que Palunga –el simio arquitecto de la tribu– sabía esculpir bien. Quinientos años después los homínidos comenzaron a caminar erguidos abandonando la habitual postura que les obligaba a andar arrastrando los nudillos –una manía que Mortañorda había insistido hasta la saciedad en que debían perder– y dieron sus primeros signos de querer comunicarse entre ellos fonéticamente, tal y como lo hacía la difunta senadora venusiana. Dado que hablar resultó ser un puto coñazo los mandriles determinaron que dicho idioma se llamaría ‘latín’ y cambiaron el nombre de ‘Planeta Mierda’ por Planeta Tierra, cuyo concepto venía a significar lo mismo pero que debido a la traducción terminó perdiendo sus connotaciones deyecciónicas. Y así fue como aquellos ingenuos orangutanes evolucionaron durante varias generaciones más para terminar convirtiéndose en la actual raza humana, que perduró fornicando en plan heterosexual hasta que las micro-naves-guía-faloides provenientes de Mariconia hicieron su aparición por primera vez en la Tierra.

... Pero, mientras Mortañorda se convertía en la primera colonizadora del nuevo mundo... ¿Qué sucedió con Venus y el régimen del tirano Vanderculen?

En horas bajas de la política marico-nacionalista los maricones del espacio, agotados ya por la dureza de un régimen que ni siquiera les permitía comer palomitas en el cine, motivaron una revuelta con la que pretendían provocar la destitución de Rodolfo Vanderculen durante las fiestas del patrón de San Cilantro Porculiano. Ya se sabe que con el fascismo ocurre lo mismo que con las hombreras, que mientras está de moda a todo el mundo le parece bien... pero al cabo de unos años la gente termina cansándose, reniegan de ello e incluso muchos se preguntan cómo pudo llegar a suceder. Así pues, la población homosexual enervada asaltó un camión que transportaba mercancías para dicha celebración y acabaron volcando el contenido de su cargamento sobre el canciller cuando este se disponía a presentar el tradicional desfile de cada final de siglo. El tirano fue sepultado bajo media tonelada de nachos con salsa guacamole en la que poco después se fundieron cuatro tipos de queso diferentes.

– ¡Os arrepentiréis de esto, maricones de mierda! – Exclamó Vanderculen mientras trataba afanosamente de escapar de su extravagante panteón alimenticio abriéndose camino a dentelladas. Los maricones desatendieron su amenaza puesto que no pudieron escucharle entre tanta risa y griterío. El queso fundido terminó por ahogar el lamento gitano del hasta entonces dirigente máximo de los marico-nazis de Venus, que no erraba en su predicción dantesca pues tras la dictadura de los Vanderculen se instauró la democracia... y ahí sí que comenzó ya el inevitable declive de su civilización.

* * *

BREVIARIO DE HISTORIA HOMOSEXUAL

PRIMERA PARTE

EL IMPERIO DE LOS MARICONES

La prematura muerte de Jesús causó una gran conmoción entre las clases más desfavorecidas de la sociedad de su época, que le encumbraron como un héroe del lumpen proletariado y de los drogadictos piojosos y defenestrados en general. Su marcado talante, su afán contestatario y su singular modo de vida perrofláutico alimentaron una gran ola de fanatismo que se propagó por todo el continente con la misma velocidad con la que corre un somalí detrás de una cantimplora. Jesucristo es considerado aún a día de hoy como el primer personaje de culto que conoció el fenómeno de los 'fans', algo así como lo fue el cantante de Nirvana pero sin necesidad de escribir canciones de mierda o pegarse un escopetazo en las amígdalas por gilipollas. Su imagen y sus frases más representativas se emplearon para estampar camisetas y confeccionar todo tipo de objetos de colección: chapas, gorras, pegatinas, tazas de desayuno, sandalias, figuras de acción, álbumes de cromos, tebeos o llaveros.

Si bien en un principio la orden eclesiástica que predominaba por aquel entonces hizo caso omiso a la obstinación que presentaba Jesús por derrocar los templos de culto dedicados a la homosexualidad, finalmente terminó por comprender que no debían desestimar su amplio potencial mediático y aprovecharon la ocasión que se les brindaba para comprarle a la familia de Jesucristo todos los derechos de explotación sobre su imagen poco después de que éste hubiese fallecido. Así fue cómo la Congregación intergaláctica homosexual llegó a fundar toda una religión en torno a la figura del mesías, convirtiéndole en uno de los negocios más rentables de la historia —sólo por detrás del narcotráfico y la trata de blancas, claro está—. Jesús, quien fue el primer gurú que en vida se opuso firmemente al lobby homosexual, terminó convirtiéndose después de su

muerte en el icono católico por antonomasia. Algo así como la mascota de los maricones del espacio.

Gracias a los abundantes beneficios que les reportaba el cobro de regalías y la venta del merchandising (permitidme el anglicismo) la Congregación pudo establecer oficialmente la primera metrópolis³ cuyos habitantes serían en su totalidad homosexuales; me estoy refiriendo ni más ni menos que a Pompeya. El nombre de dicha ciudad deriva de la forma habitual con la que los maricones acostumbraban a proceder enfilándose a la peña cuando éstos se encontraban literalmente ‘con el culo en pompa’. Supongo que en su día debió resultarles gracioso y por eso se lo pusieron, no sé, la verdad es que el humor de los moñigos dista mucho de lo que podría considerarse humor.

Así pues, tras la conquista del planeta Venus, su posterior llegada a la Tierra y su incipiente adaptación al medio ya sólo les faltaba establecerse en firme por tal de expandir su imperio y, siempre desde el sigilo y la discreción, colonizar –de colon– el territorio que hasta entonces había sido dominado en su totalidad por el ser humano.

* * *

³ *Después de Troya. ¡Maricones del espacio! volumen 0 (nota del trad.)*

Disidencia apostrólica

Los apóstroles –o ‘apóstatas de la próstata’, que suena mejor por la paronomasia– fueron el último bastión de cruzados por la defensa de la heterosexualidad; los discípulos del odio contra la tendencia homosexual que difundía en sus parábolas el mismísimo Jesucristo; los sanguinarios hooligans neófitos de la palabra homófoba.

Estos, que eran casi tan vagos como el mesías y tenían las mismas ganas de trabajar que un sudaca con un corte en el dedo pulgar, vieron una gran oportunidad para seguir viviendo del cuento y se apuntaron al rollo que les propuso Jesús: Todos ellos se matricularon en la universidad para estudiar programación de sistemas y por las tardes organizaban batidas clandestinas con el propósito de perseguir sistemáticamente cualquier individuo que mostrase claros signos de tendencia homosexual ya que, tal y como profetizó el hippie drogadicto de mierda, serían ellos –los homosexuales– quienes tratarían de redirigir el destino de la humanidad con su forma de vestir hortera, sus champús anticaspas que huelen a frutas frescas y cualquier otra de sus tan deleznable y ridículas costumbres. Así pues, en sus manos recaía el peso de evitar que el mundo llegase a ser un campo-nabos para toda la eternidad.

– ¡MARICONES DE MIERDAAA! –Clamaban coléricos y al unísono, alzando sus antorchas, los salvajes apóstroles durante las encarnizadas batidas anti-maricón. Lo cierto es que daban bastante miedo cuando se engorilaban después de pegarse toda la tarde privando.

Según lo hubieron previsto, la palabra de Jesús se propagó a hostias y el Consejo General de los Maricones del espacio tuvo que reunirse de nuevo para tomar cartas en el asunto. Habiendo tergiversado por completo el cristianismo a través de la colección de sandeces y monsergas que recopilaron para componer la Santa Biblia, los maricones creían estar a salvo de la opinión pública gracias a la

enorme difusión de que gozaban las sagradas escrituras desde que comenzó a publicarlas la editorial Altaya en formato de bolsillo con encuadernación rústica. Por desgracia, y a consecuencia del reducido e inapropiado tamaño de fuente que utilizaron para ello, la comunidad heterosexual terrícola –Heterrícolas– se desinteresó completamente por la obra al poco tiempo de que ésta saliese al mercado. La gran mayoría abandonó la lectura porque, o bien no sabían leer, o bien no tenían suficiente pasta como para pagarse unas gafas de aumento.

La empresa apostrólica resultó ardua y arriesgada... pero los apóstroles, aquellos valerosos hombres de honor, prefirieron vivir una vida al amparo de la castidad, el celibato y la ultraviolencia pateando gónadas de maricones a destajo antes que salir a buscarse un trabajo de verdad; como celadores o barrenderos, por ejemplo.

Gran parte de los bujarras, ante la inminente amenaza apostrólica, optaron por emigrar hacia las inhóspitas tierras del norte donde desarrollarían una nueva forma de pelo en el pecho y terminarían conociéndose como ‘El clan de los osos pollares’. Los que trataron de resistir defendiendo Pompeya corrieron peor suerte, puesto que todo cuanto había logrado prosperar la casta homosexual en tiempos del imperio romano se fue –una vez más– literalmente a tomar por el culo. Pompeya, la próspera metrópolis que pretendía ser faro y luz de Alejandría de la cultura gay, acabó siendo devastada por casualidad debido a la erupción volcánica del Monte Vesubio... y bajo sus escombros perecieron sepultados para siempre los maricones del espacio.

O tal vez no.

* * *

BREVIARIO DE HISTORIA HOMOSEXUAL

SEGUNDA PARTE

Sobreviviendo al gran exterminio

Irónico resultó que la salvación de los maricones del espacio en la tierra dependiese precisamente de Marción de Chiroke, uno de los apóstroles que solía mostrarse más recatado y mustio en las fiestas. Marción de Chiroke fue infectado por accidente cuando se arañó con la uña del dedo gordo del pie de uno de los moribundos culos que emergían de entre las ruinas y los escombros de Pompeya. Todo sucedió un fatídico martes por la mañana en el que Marción, como buen judío zelote que era, salió de su casa temprano para sustraer las joyas de los cadáveres que aún se encontraban en la zona cero; así luego las podría revender en el Cash Converters o en el Oro Caja.

— ¡A quién madruga, Dios le ayuda! —Canturreaba risueño y satisfecho mientras se ponía en cucullas por tal de levantarle el Rolex de oro a un fiambre que todavía llevaba puestas las gafas de sol. Tan mala fue su fortuna que, mientras trataba de birlarle las zapatillas deportivas Nike al cadáver, tiró con demasiada fuerza de ellas y se raspó el antebrazo con las uñas de los pies del difunto homosexual. Desde aquel preciso instante supo comprender que la había jodido, pues fue llevarse la mano a la herida y ponerse a gritar como si fuese una garza mamarracha y subnormal. Marción nunca más volvería a ser Marción, sino que estaba a punto de convertirse en ‘Maricón’. Para que luego digan que el gay ‘nace’ y no ‘se hace’...

Él más que nadie conocía el gran peligro que correría su vida si los demás miembros de la Brigada Apóstrolica Anti Homosexual terminaban por descubrir su terrible secreto. Por eso tuvo que aprender a ocultar los inequívocos indicios de su nueva condición, que se manifestaban reiteradas veces sin que fuese plenamente consciente de ello. Indicios tales como: colocarse la mano en los collares al hablar; caminar más erguido que un pirulo, hinchando el pecho como si fuese un palomo y sacando el culo como si estuviese montando a

caballo; gritar como una actriz porno en plena escena de doble penetración cuando perdía el autobús; tardar bastante más de lo habitual en escoger la túnica que iba a ponerse por las mañanas; fumar tabaco de liar en lugar de Celtas o Ducados; mear sentado cada vez que iba al baño; también comenzó a desarrollar ornitofobia y a menudo era sorprendido fijándose en detalles propiamente femeninos, tales como si sus compañeros se habían comprado ropa nueva o si se habían cortado el pelo. Por suerte para Marción los Apóstroles ya le tenían por un tipo extravagante y retraído, con lo cual apenas prestaron atención a su sarasa-morfosis y continuaron dándole collejas y pegándole pellizcos en los pezones con total normalidad.

Marción el maricón tuvo que vivir escondiendo su tendencia homosexual hasta el día en que Borja-Pedro, el último de los Apóstroles, le pidió que se recostase junto a él para así poder transmitirle su última voluntad, pues se encontraba respirando con dificultad y presagiando los primeros estertores de la muerte.

—Amigo Marción —Le dijo Borja-Pedro; luego tosió, se ladeó para pegarse un cuesco y en cuanto tomó la mano de Marción a éste se le cristalizaron las retinas—, has cuidado tanto de mí que reconozco que me has ganado un cariño especial sobre todos los demás apóstroles. Tú ponías la lavadora cuando el resto no sabíamos ni dónde cojones iba el suavizante. Tú te quedabas hasta las tantas fregando los platos, que te dejábamos llenos de roña, grasa incrustada y salsa de tomate con queso gratinado. Encima te levantabas pronto todas las mañanas para tender nuestros calzoncillos y exprimirnos un zumo de naranja natural. Tú limpiabas el cajón de las verduras... es decir, con sinceridad y franqueza, no te negaré que desde hace algún tiempo he albergado mis sospech...

Borja-Pedro no consiguió terminar la frase pues, mientras le hablaba, Marción lo recostó boca abajo, le arremangó la túnica, le bajó

los calzoncillos y le endiñó su supositorio cárnico por detrás sin que el último de los apóstroles pudiera oponer resistencia alguna.

– ¡AAAAH! ¡UAAAH! ¡UAAAAAAAAHRG! –Borja-Pedro gritó y pataleó, marraneando cuanto pudo, pero de nada le sirvió puesto que el maricón lo cabalgó como si fuese un potro salvaje y desbocado en el rodeo del lejano oeste. Poco antes de que Marción le dejase finalmente su ‘regalo calentito’, durante las indómitas embestidas, el moribundo Borja-Pedro se asestó un golpe letal contra el cabezal de la cama y se fue directo al otro barrio, con los ojos en blanco y más enfilado que la vaina de una espada samurái.

Después de tantos años de cautiverio trabajando como una puta chacha al servicio de los apóstroles, Marción el maricón puso punto y final a su propia pesadilla. Los ulteriores años de su vida los dedicó a expandir y propagar el VCHA con prudente alevosía; pero no lo hizo por tal de repoblar la Tierra con una nueva hornada de maricones del espacio, no... sino por venganza contra el mundo, pues además de maricón era también un sociópata empedernido y estaba hasta los cojones de que la peña le pasase la polla por la cara, o mejor dicho, de que le hinchasen la nuca a collejones mientras él no hacía otra cosa que sacar la mierda de los cuartos de baño puesto de rodillas.

–Pobre Marción –Pensaréis... bueno, pues de pobre nada, el colega era muy listo y se inventó una religión alternativa, reescribiendo parte de la Biblia como le salió de las pelotas e incluyendo además sus propias experiencias sexuales dentro del convento. En cuanto consiguió reunir suficiente pasta como para costearse los gastos de impresión pudo publicar su primer libro, titulado ‘Entre la polla y la pared’, que era un compendio bastante repulsivo de relatos homoróticos; lo que hoy en día se conoce como ‘Nuevo testamento’. Sus historias, basadas mayormente en las vejaciones que sufría por parte de los apóstroles, fueron el segundo éxito de ventas literario del mo-

mento –sólo por debajo del Kamasutra– y la novela consiguió mantenerse entre los diez primeros puestos de la clasificación durante más de una década que él mismo bautizó con el nombre de ‘La década prodigiosa’. No fue hasta el mismo día de su muerte cuando la humanidad pudo descubrir finalmente la condición homosexual que encubría Marción.

Unos monjes del monasterio de clausura de Pestancio fueron quienes, alertados por el tiempo que llevaba Marción sin salir de sus aposentos, descubrieron al difunto recostado sobre el culo de Alebrije, el monaguillo que solía tocar las campanas a partir de las cuatro de la tarde. Aquellos monjes mojigatos que se encontraron sin querer con el percal –los cuales gracias al Gran Exterminio Apostrolico desconocían lo que era el rollo del empetaque– se vieron turbados por la horripilante, apocalíptica y macabra escena necro-gay que a más de uno le hubiese inducido al vómito. Atormentados por las constantes pesadillas de las que no conseguían escapar ni siquiera a plena luz del día, los remilgados monjes optaron por arrancarse los ojos mutuamente para que nunca más volviesen a presenciar una visión tan terrorífica y truculenta. Años más tarde, y tratando aún de buscar respuestas a tan dantesca e inconcebible situación que habían vivido, su curiosidad les llevó a solicitar una copia del Necromaricón en braille por Amazon... pero de poco les sirvió, pues la nueva hornada de monaguillos de Pestancio montaron una revuelta –la revuelta de la enculada– que proliferó arrasando en secreto con todos y cada uno de los miembros de la orden eclesiástica. O sea, que lo de que los monjes solicitasen el libro en Amazon fue casi como tener tos y rascarse los cojones.

“Si Jesús levantase la cabeza... se llevaría un buen pollazo” – Sentenció Marción en su lecho de muerte mientras sus retinas pro-

yectaban llamaradas de pura cólera y venganza—. Estaba en lo cierto, con la orden eclesiástica copada hasta los topes por maricones más le valdría al mesías quedarse a salvo dentro del sepulcro porque, tal y como estaban poniéndose la cosas ahí fuera, no daban ganas ni de resucitar. Riéte tú de la crisis.

* * *

El Adán de los bujarras

En la actualidad, la figura de Marción es considerada como el Adán de los maricones del espacio por dos motivos: El primero, por ser el único superviviente de su raza, plantando cara a los apóstroles y comenzando desde cero con la nueva hornada homosexual; ‘sin prisa pero sin pausa’ solía decir... y es que un lema tan estúpido como ese sólo podía ocurrírsele a un maricón de mierda, sin lugar a dudas.

El segundo, por emplear de forma tan inteligente la santa iglesia católica como refugio de su propia religión pues, aún a día de hoy, la santa sede recibe ayudas económicas por parte de los gobiernos de todos los países occidentales en pos de su causa. Y es que Marción dedicó en vida el poco tiempo libre del que disponía por las noches para empollar –en sentido figurado– el ‘Gran libro de los maricones del espacio’. Creyéndose el último homosexual sobre la faz de la tierra, y ya que no tuvo oportunidad de beber de la cultura oral de su pueblo, hizo como las viejas, que lo que no sabía se lo inventaba. Así, él mismo terminó por completar el Necromarición con los relatos sobre mamadas que había escrito para su Nuevo testamento, incluyendo además sus propias experiencias dentro del convento que bautizó –como ya os avancé en el capítulo anterior– con el título ‘Entre la polla y la pared’, publicado por la prestigiosa editorial Planeta de los Travestis.

Trabajando en su proyecto afanosamente, refugiado al margen de la sociedad y amparado por el claustro de su convento, Marción vio caer el Imperio romano y se integró sin mayor dificultad en los primeros tiempos de lo que sería la época feudal, impartiendo clases de guitarra para captar así a nuevos acólitos que terminarían por convertirse en maricones de clausura. El tiempo les acompañó, los heterosexuales –alejados de la realidad que se vivía en los conventos–

jamás abrieron la boca para contar ni una sola palabra sobre lo sucedido, pues les causaba verdadero pudor y desmedida vergüenza hablar de cosas de maricones. La tradición verbal relegó al olvido lo acontecido en el convento de Pestancio; también la hecatombe homosexual tras la devastación de Pompeya... y el resto de la prehistoria gayerrestre hasta entonces. En el siglo cuarto después de la llegada del salvador nadie hablaba ya sobre cremas de noche para el rostro, ni sobre gimnasios de moda, ni sobre pistas para jugar al padel, ni sobre gin-tónicos con pepino y cardomomo. El calificativo 'maricón' sobrevivió, pero únicamente a modo de insulto, pues la gente corriente ya ni siquiera recordaba qué venía a significar... lo mismo sucede con otras descalificaciones populares comunes, tales como gilipollas, cateto-imbécil o mentecato.

Poco antes de su muerte Marción pudo constatar complacido la efectividad del método de propagación eclesiástico congregando a todos sus discípulos para darse en homenaje una gran fiesta sorpresa de despedida –lo de sorpresa es un poco cutre cuando eres tú mismo quien te la organizas–. El evento tuvo lugar en la ciudad romana del Vaticano y rápidamente se hizo eco por los cinco continentes. El anfitrión, que se había dejado una buena pasta en el evento pues como todo el mundo sabe los maricones están montados en el dólar, consiguió su objetivo y logró convocar la orgía homosexual más grande de todos los tiempos que pasó a la posteridad con el nombre de *Vatic-ano festival*, un auténtico hervidero pestilente de sudoración, mamadas y penetraciones múltiples. Allí –Marción– escogería a uno de entre todos sus monaguillos favoritos y se serviría de éste para poder abandonar de una vez su cuerpo avejentado y deslucido.

* * *

CRÓNICA DEL LESBIANISMO EN LA TIERRA

SEGUNDA PARTE

El papel de la mujer durante los siglos de mierda

Con franqueza, Mortañorda no podría sentirse demasiado orgullosa de su linaje pues desde el momento en que la humanidad abandonó el esplendor del mundo griego las mujeres se habían abandonado como peles a los mezquinos designios de los maricones del espacio, ya fuese dejándose embelesar con la belleza de sus mejores especímenes o siendo embaucadas con las constantes mentiras acerca del amor verdadero y toda esa retahíla de gilipolces a las que desde siempre han sido terriblemente vulnerables.

Durante la época oscura de la humanidad el principal obstáculo que niveló el peso de la balanza social en detrimento del género femenino fue la carencia de una sólida figura líder que las pudiese guiar e inculcase férreos valores que les devolvieran la autoestima. El caso es que desde que los maricones del espacio comenzaron con su cruzada en pos de conquistar la Tierra el componente femenino había sido prácticamente arrasado y las tías pintaban tanto de cara a la sociedad como una muñeca hinchable en una tienda de artículos de pesca. El mundo era claramente dominado por el gen masculino y si no fuese por la absurda manía que tenían los varones heterosexuales de morir enfrentándose entre ellos en contiendas territoriales los maricones habrían hecho suyo el planeta tal y como su gobierno pretendía desde los mismos ‘anales’ de la historia; respecto a estas últimas comillas, supongo que no hace falta que aclare nada más sobre la procedencia de dicha expresión. Bien pues, durante los siglos de mierda –conocidos así puesto que verdaderamente fueron una puta mierda– pueden soslayarse determinados aciertos por parte de las mujeres que germinaron a consecuencia de la represión marico-espacial y por mero instinto de supervivencia, pues ya se sabe que la naturaleza es sabia aunque a veces resulte cruel, aleatoria y veleidosa.

La prostitución, que la santa iglesia de los maricones del espacio demonizó hasta convertir en pecado, no era sino un mero intercambio de favores que provenía de aquella ancestral herencia cultural que nos brindaron las extintas mujeres de Venus. Allí –en Venus– eran los hombres quienes cobraban a las mujeres por otorgarles el favor sexual, ya que comprendían perfectamente la importancia de conservar el pedigrí y siempre honraron las sabias leyes de la selección natural. En la Tierra fue Mortañorda quien instauró dicho concepto, adaptándolo a las nuevas necesidades, claro está. Como la senadora venusiana follaba hasta la saciedad con los siete gorilas durante la época del apareamiento, ésta les propuso que, por cada polvo que le echasen, deberían depositar una banana en una cesta de mimbre; en principio para controlar el número de coitos diarios que acontecían durante las cálidas noches en la selva tropical... pero que finalmente terminó por convertirse en una especie de ‘pago por servicio’, ya que de tanto follar Mortañorda no se valía por sí misma y era incapaz de trepar el tronco de las palmeras para poder coger los plátanos. Así, durante años, las mujeres de la Tierra trataron de mantener viva la herencia y las enseñanzas de Mortañorda, cobrándose de una forma u otra los favores sexuales para poder sobrevivir en un mundo que, desde que llegaron los bujarras, las había tratado peor que a una gamuza polvorienta.

Tal y como os decía, la iglesia católica condenó la actitud recaudadora de las hembras hasta tal punto que llegó a difundir el rumor de que pagar por follar era una falta tan grave que condenaría al pecador mandándole al infierno para toda la eternidad después de su muerte ¡Anda que no se reían los putos curas maricones cuando se les ocurría alguna chorrada por el estilo! Ellos acostumbraban a divertirse así, contemplando las expresiones de pánico, terror, desconcierto e incredulidad en los rostros de los hijos de la gleba. Con sinceridad os confesaré que en parte les admiro, a los curas digo,

pues someter a toda una civilización durante tantos y tantos siglos me resulta una proeza digna de alabanza, casi tanto como cuando a los tíos del Teletienda se les ocurrió sacar el *Ab-flex*, o cuando se instauró el tabaquismo como una moda social... o como cuando a finales de los noventa se planteó la posibilidad de sacarles la pasta a la gente tatuándoles el cuerpo a precios de verdadero escándalo mientras estos se dejaban marcar como vulgares reses creyendo que lo hacían por su propia voluntad ¡Qué imbéciles! Me doblego ante su excelsa sabiduría y soberbia visión de mercado. Lo último⁴ ha sido la invención de la *Power balance*, una pulsera de silicona mierdosa que dicen que en cuanto te la pones te devuelve el equilibrio. Desde luego, está claro que estos maricones son la polla.

Bueno, a lo que íbamos: la prostitución significó un halo de esperanza a la continuidad de las mujeres. Detrás de esta práctica, que se convirtió en toda una subcultura callejera, emergieron nuevas corrientes, como el uso de lencería para atraer a los varones heterosexuales; el *bondage* —para que no escapasen de sus aposentos—; las felaciones —que aprendieron de sus rivales en el sexo— y la buena cocina, que no estaba tan mal vista como las prácticas anteriores pero que mosqueó mucho a los curas puesto que a ellos nunca se les llegó a ocurrir. De todas formas, una vez más, los maricones acabaron tomando cartas en el asunto y desde la Santa sede contraatacaron originando la creencia popular de que los verdaderos cocineros de ‘alta cocina’, para que fuesen buenos, tenían que ser varones... aunque con todo y con eso nunca consiguieron acallar el síndrome conocido como ‘la comida de la abuela’, cuya acepción se puede interpretar tanto en el mejor como en el peor de los sentidos.

* * *

⁴ *En fechas de la publicación de este escrito (nota del trad.)*

El origen del lesbianismo

Otro de los grandes avances que procede de la subyacente cultura femenina fue la invención del lesbianismo. El nacimiento de la corriente lesbiana se gestó durante una soleada tarde primaveral en la que Mari Ángeles Sebóclofa y Julia Bibiana Pastramiya, con los pezones empitonados debido a la suave brisa proveniente de la sierra, comenzaron a enjabonarse las peras la una a la otra mientras se duchaban juntas para así ahorrarse unos cuantos maravedíes en la factura del agua. El ladino hermano de Mari Ángeles, que contemplaba la escena espiando tras la reja del sumidero –la gente de entonces se complicaba mucho la vida para hacerse pajas– pudo percartarse de la increíble erección que le producía ver a dos mujeres desnudas acariciándose con suavidad los culos enjabonados y frotándose delicadamente las tetas con una esponja. Así, en cuanto cumplió los dieciséis y armado de total desvergüenza, el chaval le propuso a su hermana repetir la suntuosa escena de caricias íntimas con su amiga... pero debían hacerlo delante del solvente público masculino por tal de ganar algo de pasta y volver a comer caliente.

Mostrayo, que así se llamaba el pajillero zagal, colocó una improvisada ducha en el patio trasero de su casa e invitó a sus amigos del instituto –previo pago de veinte centimazos de maravedí– a que presenciasen el espectáculo lésbico –según él– más grande de todos los tiempos. Entre abrazos y morreos Mari Ángeles Sebóclofa y Julia Bibiana Pastramiya se iban desnudando poco a poco, dedicándose electrizantes caricias de tentación y lascivia. Entonces los chavales más gordos comenzaban a sudar y a todos los demás se les ponía el careto al rojo vivo, como si fuesen la resistencia de una tostadora o algo. Ellas les observaban de reajo con cómplices y sensuales sonrisas de perversión mientras se comían las bocas apasionadamente, aplastándose las tetas de la una contra las de la otra. Cuando los áni-

mos se habían caldeado lo suficiente y empezaba a emerger el vapor bajo las túnicas del público asistente, las chicas se bajaban mutuamente las bragas acompañando sus delicados gestos con sugerentes besos en los muslos, en las nalgas y en el bello del pubis mientras se sucedían las miradas de deseo ardiente y desenfrenado. Una vez colocadas bajo la ducha se tomaban un momento para aclararse el pelo amorosamente mientras iban dándose pequeños besos en sus tiosos pezones que, lejos de apaciguar, conseguían que los espectadores se sacasen las pollas y comenzasen a blandírselas sin ningún tipo de pudor, rubor o miramiento. Cuando parecía que la cosa comenzaba a serenarse un poco, las dos jamonas empezaban a masturbarse frente a frente, mirándose fijamente a los ojos en plan guarras y luego... bueno, podría continuar dándoos más detalles, pero si eso mejor poneos una porno de lesbianas pues lo que viene a continuación sería mismamente un resumen del argumento.

La aventura lesbiana se hizo eco rápidamente por todo el barrio y en poco menos de un mes recibieron varias llamadas de la compañía *Cirque du Soleil* que pretendía llevar el show a los teatros más prestigiosos del momento. Por desgracia para ellos jamás consiguieron salir de la pobreza pues, aunque durante el primer año de gira obtuvieron un éxito arrollador, por cada pueblo por el que pasaban les salieron cientos de imitadores que terminaron hundiéndoles el negocio. La fortuna les abandonó definitivamente la noche en que Mari Ángeles Sebóclofa se ahogó en su propio vómito mientras hacía el muerto en la piscina municipal, siendo todavía virgen heterosexualmente hablando. Julia Bibiana Pastramiya falleció semanas después a causa de una sobredosis de heroína adulterada tras haber sido imputada con cargos en la muerte de Mari Ángeles como presunta asesina de la misma. Mostrayo pasó a engrosar las filas de los maricones cuando un travesti navajero de procedencia austrohún-

gara se lo cepilló a traición en el cuarto de las escobas de un cabaret de mala muerte.

Así pues, del lesbianismo –que en un principio era fingido ya que fue ideado como un espectáculo fraudulento para sacarles la pasta a los varones hipersexuales– se creó un movimiento reaccionario liderado por Mortadela, una joven paranoico-conspiracionista afín a la doctrina lesbiana que pretendía cambiar el rumbo de la humanidad y que intuyó por casualidad la existencia de un magno complot contra la Tierra propulsado por aquellos hombres que mostraban cierta tendencia a querer follarse a otros tíos por el culo.

* * *

Mortadela, la gorda activista

Mortadela era una niña gorda, puta, bizca y pija de mierda que tenía las tetas caídas como sacos de gaita y que nació en el seno de una familia católica de la época. Mortadela aspiraba a ser cantante de *Operación triunfo* en cuanto fuese lo suficientemente mayor como para que sus padres no le echasen la bronca por comerse las pollas de los miembros integrantes del jurado. Un fatal día de otoño en el que no echaban nada por la tele, Mortadela salió al patio de atrás para jugar a la comba con su simpático perrito llamado Tití cuando de pronto se encontró con una truculenta banda de motoristas macarras que vestían cazadoras de cuero negro, tejanos, tachuelas, cadenas y pasamontañas. Allí estaban, partiéndose la caja salvajemente mientras se follaban por el culo a su padre y a sus dos hermanos que además, y por algún siniestro motivo, iban vestidos con lencería negra de encaje, tacones de aguja y pelucas rubias.

Conmovida ante la escena, Mortadela no supo cómo reaccionar; instintivamente se acercó corriendo hasta la caseta de Tití para asirse con el palo de una escoba y, golpeando repetidas veces a los macarras, trató de separarles de los miembros varones de su familia. De nada le sirvió; los sucios macarras motoristas con pasamontañas estaban tan pegados a los culos de sus víctimas como los rabos de los perros callejeros cuando están apareándose. Mortadela nunca pudo olvidar aquella trágica tarde en la que presencié, siendo una espectadora indignada, cómo su padre y sus hermanos gritaban de escozor mientras los corpulentos macarras se los follaban con la violencia propia de un combate de boxeo entre pesos pesados.

– ¡AAAAAAAAAH! ¡¡AAAAAAAAH!! – Chillaba el padre de Mortadela.

– ¡JAJAJAJAJA! – Se reían los macarras bajo el pasamontañas enculándole sin cesar. De vez en cuando, los cabrones, se chocaban los cinco o se abrían una lata de cerveza durante el repiqueteo.

– ¡¡¡AAAAAAAARGH!!! ¡¡¡AAAAHG!!!! –Gritaban enloquecidos los pobres hermanos de Mortadela.

– ¡¡¡JAJAJAJAJA!!! –Cuanto más gritaban de dolor sus víctimas, tanto más se reían los macarras.

– ¡¡¡IIIIIGH!!!! ¡¡¡IIIIHGF!!!! – Bramaba Tití al que también le estaban petando el culo después de encasquetarle una peluca con flequillo de putona. Aquellos delincuentes sexuales estaban follándose a toda su familia al completo, parecían cuatreros cabalgando juntos hacia el albor del atardecer.

– ¡¡¡JAJAJAJAJAJAJAJA!!! –La crueldad de los rompeculos no conocía límites.

– ¡YA ESTA BIEEEN, MARICONEES! ¡PARAAD! ¡¡PARAAAAD!! –Protestaba Mortadela exhausta y desconsolada.

– ¡¡¡JAJAJAJAJAJAJAJA!!! –Encima los motoristas se andaban riendo en su puta cara. Les sudaba la polla que la gorda, puta, bizca y pija de mierda se pusiera en plan palizas, ellos seguirían cabalgando sus respectivos culos como si nada.

El shock que le produjo presenciar tan deplorable y desgarradora orgía homosexual al aire libre la llevó a decidir que lo mejor para ella sería apartarse de la sociedad, por lo que Mortadela permaneció encaustrada quince largos e interminables años en el hospital de psiquiatría general María la Sinfrosa. Durante su estancia en el pabellón psiquiátrico la chiquilla hizo una amiga con la que solía ducharse todas las mañanas y que, con el tiempo, la confianza entre ellas las llevo a desmelenarse. Pronto comenzaron a quedar en la intimidad de la noche para hacerse dedos y sobrellevar así sus mutuas necesidades sexuales. A la misma vez que crecía la amistad entre ambas también fue avivándose el fuego interno y sus respectivos furores intrauterinos ardían como el coloso en llamas. Lo que comenzó siendo una mera práctica de supervivencia acabó convirtiéndose en un frenesí descontrolado que las llevó hasta el lado más salvaje

del lesbianismo: Pelea de zorras embadurnadas en grasa de camello; azotes para la estimulación y dilatación del culo; penetración sin barreras con los más diversos artilugios fálicos; estrictas disciplinas de sumisión con cilicios, palos y cadenas; fantasías incestuosas; lluvias multicolor; tribadismo rasurado e incluso en algunos casos llegaron a realizar el anilingus con sorpresa final. Todo un festival de depravaciones que expandió los conocimientos acerca del lesbianismo hasta límites insospechados.

Durante meses Mortadela y Patri –así se llamaba su desenfrenada amante– formaron una pareja estable y feliz, incluso habían llegado a plantearse el ir a Holanda para contraer matrimonio... aunque, como suele suceder, llegó un fatídico día en el que terminaron rompiendo cuando a Mortadela se le cruzaron los cables y cayó en la cuenta de que aún era demasiado joven como para atarse a una relación seria, puesto que –según ella– todavía le quedaba mucho marisco por probar. A Patri se le rompió el corazón pero ni aun así la niñata gorda, puta, bizca y pija de mierda tuvo a bien moderar su irreflexiva y obstinada postura. Como Patri estaba dispuesta a luchar por la relación a toda costa, Mortadela se propuso comerle la olla a todas horas mortificándola de una forma tan cruel y demoleadora que la pobre chica terminó deseando el suicidio asistido antes que continuar con aquel noviazgo ya fracasado.

Después de una semana entera dando por el culo con argumentos tan patéticos y lamentables como: ‘Me gustaría que tuviésemos una relación abierta a otras personas... pero te suplico por favor que no me abandones’ o como ‘No puedo tener una relación seria contigo ahora mismo, pero tampoco quiero perderte como amiga’ la paciencia de Patri se consumió hasta agotar su último halo de esperanza y, a regañadientes, por fin optaron por dejarlo.

Sé que todo esto que os cuento suena un tanto estúpido e infantil... pero es que con las niñatas gordas, putas y pijas de mierda

siempre sucede lo mismo (independientemente de si son bizcas o no); utilizan a las personas mientras les conviene y después, cuando ya no te necesitan, ‘si te he visto no me acuerdo’. Mi padre solía decir: ‘Amigos con dinero, los que se van primero’. Pobre Patri... como tantas otras lesbianas también murió prematuramente a causa de las constantes decepciones de la vida.

En cuanto abandonó el centro de reclusión, Mortadela pudo dedicarse en cuerpo y alma a aplicar todo cuanto había aprendido de la relación que mantuvo con su compañera Patri, la verdadera descendiente de lesbianas que instruyó a la gorda en el noble arte de serlo, transmitiéndole las enseñanzas que dejó en la tradición oral Julia Bibiana Pastramiya y que su abuela materna había podido conservar recogióndolas en el bordado de un mantel que las mujeres lesbianas se pasaban en herencia generación tras generación. El mantel era de desayuno, de ahí que a las lesbianas se las conozca también como ‘bolleras’ ya que se presume que su procedencia era francesa y éstas comían bollos de leche con queso de brie todas las mañanas. A las lesbianas españolas se las conoce como ‘tortilleras’ precisamente por lo mismo; cada región tendrá su propio nombre para el mismo concepto. Supongo.

Total, lo que os decía; Mortadela, con tan solo veintiocho años de edad, estaba ya tan vieja y demacrada que sentías vergüenza ajena sólo con verla... como si fuese un vagabundo borracho crujiéndose en plena calle o algo peor. Decidida a abandonar toda relación posible con los seres humanos –puesto que las mismas lesbianas la repudiaban por ser una niñata gorda, puta, bizca y pija de mierda– Mortadela se encerró en su habitación para trabajar en lo que sería su proyecto de vida: un compendio de experiencias donde pretendía recoger los conocimientos que tenía en el campo de la almeja vaporosa, fantaseando con crear algo similar a la religión católica pero en la que se hablaría principalmente de cómo debían comerse los coños y

cosas así. Dicha síntesis promulgaba el que la mujer debe ser de sobras independiente y no necesita para nada al varón en su función sexual. Al primer texto que escribió –porque era tan analfabeta que a aquello no se le podía considerar ni siquiera un libro– lo tituló ‘Mortadela, Mortañorda, *sweet heil*’ (el burro delante) y era un canto a la esperanza de la mujer lesbiana que fue tildado de nefasto y asqueroso por las propias mujeres que lo leyeron. Pese a que ella era una pija garrula y una estúpida de mierda tuvo un papel de gran relevancia en la lucha contra los maricones del espacio, no por proteger a los varones heterosexuales de los empetacadores de las arenas sino porque en sus ratos libres grabó mucho porno alemán de lesbianas que contribuyó a favorecer la natalidad durante el primer *baby boom* de la historia del estado Europeo.

Mortadela vivió una vida bastante marcada por la depresión y los escándalos públicos que la pusieron siempre en el punto de mira de la orden eclesiástica homosexual. Debido a su reiterativa actividad revolucionaria, que perduró hasta la entrada del siglo ulterior, la iglesia instauró la prolífica inquisición medieval. El Santo Oficio tildó de brujas a las lesbianas, criminalizándolas y obligando así a que la corriente bollera terminara convirtiéndose en una orden silenciosa y secreta que sobreviviría durante siglos imitando el mismo modelo que originalmente pertenecía a la Congregación intergaláctica de los maricones del espacio.

Marción quiso demandarla por plagio, pero claro, como era maricón no tuvo más remedio que joderse.

* * *

**REFLEXIONES DE UN HUMANO
HETEROSEXUAL**

METROSEXUALIDAD

Llegó junto con los móviles, la tarifa plana de internet, los pantalones thailandeses, la PlayStation 2 y los atentados del once de septiembre. Ahora, a un tío que se depila el cuerpo, que va a la peluquería como mínimo un par de veces al mes, que se hace las cejas, que se deja una pasta en ropa de marca y que usa gafas de sol como las que llevan los travestis no se le considera que sea maricón... sino que se le reconoce como *metrosexual*, cuando en realidad viene a ser lo mismo de siempre: un palomaco del quince y con todas las de la ley. ¿Cómo es posible que el resto de la humanidad sea incapaz de darse cuenta de que lo que nos están vendiendo como metrosexualidad no es más que un completo embuste; de que todas esas prácticas antes mencionadas son más propias del género femenino que del masculino? No sé vosotros... pero yo no me fio para nada de un tío que se depila el ojete, pues una cosa es ser un poco vanidoso y picha-brava en plan Bertín Osborne o Sean Connery... pero otra muy distinta es poner un pie fuera del ámbito de tu condición heterosexual de una forma tan descarada y evidente que consigue confundir incluso a los mismísimos homosexuales.

En efecto, un hombre que se reconozca a sí mismo como metrosexual siempre será un maricón en potencia. Ellos te dirán que no, incluso si el pavo está casado su mujer lo negará, pero no me cabe ninguna duda al respecto de que en la psique de esos tíos presumidos se albergan deseos de penetración múltiple a cargo de grandes negros musculados, o duchas con amigos íntimos en las que terminarán besuqueándose con lengua y magreándose los paquetes mutuamente. Se conoce de sobras que la naturaleza del ser humano es así de aleatoria e imprevisible. En principio los metrosexuales, salvando lo evidente de su apariencia, no tienen por qué presentar indicios de pluma... aunque sí podrán observárseles pequeños gestos involun-

tarios y característicos que les delatarán, tales como: asustarse de las palomas, estornudar poniéndose el pañuelo delante de la boca o levantar el dedo meñique cuando se disponen a beber de un vaso o una jarra. La tendencia a la sodomía, su pasión oculta por la pornografía homosexual o transexual y su predilección por los discos de Madonna o los Pet shop boys deberá mantenerse siempre en el más riguroso de los secretos; muchos de ellos llegarán incluso a contraer matrimonio por tal de salvaguardar su imagen pública. Así pues, podemos afirmar con certeza que los metrosexuales son maricones o, como mínimo, admiradores de la condición homosexual... y tal vez pasen varios años esperando a que llegue algún maromo que les sobe el culo para soltarse finalmente la melena y abandonarse a los placeres del indecente empeluque. Lo gracioso es que encima se ofenden cuando les dices a la cara que son maricones... ¡Por favor! Eso es como el que me va de hippie por la vida y luego resulta que vive con sus padres, que encima afirman ser socialistas, en un inmenso chalet de La Moraleja; también como esos chavales que van de punkis calimocheros y luego son incapaces de salir de casa sin su Iphone; o como esos que se las dan de ecologistas y después tiran la bolsa del Mc menú por la ventanilla del coche cuando cogen la autopista a toda castaña en dirección a cualquier chiringuito *chill-out* mierdoso de los que hay a pie de playa yendo para Mataró ¡Son maricones, por el amor de dios! ¿Qué ha pasado con los hombres de verdad que reivindicaba Alaska? ¿Dónde se encuentran ahora los verdaderos modelos a seguir para los chavales que están subiendo? ¿Qué ha sido de aquellos padres que te llevaban de putas para hacerte un hombre y, sobretodo, por qué tuvo que desaparecer el servicio militar obligatorio? Cierto es que lo del servicio militar era una auténtica putada y que prácticamente todos tratamos de evitarlo pidiendo prórrogas por estudios hasta que por fin se desestimó su obligatoriedad... pero también es cierto que a más de uno le vendría bien hacer la mili para

espabilar de una puta vez, que está el país copado de inútiles que da puto asco verlo.

Podría decirse que a día de hoy los hombres como tal están desapareciendo, que se encuentran prácticamente en peligro de extinción... y la culpa de todo la tiene sin duda la metrosexualidad emergente. Ciertamente es que, históricamente, a la facción masculina de la humanidad se le podrían reprochar muchísimos abusos por su parte... pero ahora que están perdiéndose los valores fundamentales de lo varonil y lo masculino resulta obvio que los cimientos de la selección natural se tambalean bajo nuestros pies. No tiene ninguna lógica el que hombres y mujeres tan sólo puedan diferenciarse por su genitalidad. El culto al cuerpo y a la imagen, principal fundamento de la metrosexualidad, ha contribuido a que el ente masculino desarrolle un componente que desde siempre ha sido propiedad y usufructo de las mujeres: la vanidad. Con la promesa de obtener una existencia más satisfactoria a través de colmarla con todo el placer sexual posible, proliferan hoy sin control los vagos, los cobardes, los irresponsables, los huelebragas, los mojigatos, los vanidosos, los pajilleros y toda clase de pervertidos completamente deplorables. Dichos calificativos no son sino la descripción opuesta de lo que cualquier mujer esperaría de un hombre. No me extraña que las féminas se desesperen, vivan confundidas y completamente desengañadas. “Los buenos ya están pillados, y los guapos siempre son gays” se lamentan. Me hace gracia también el que haya tios que se pregunten qué es lo que les gusta a las mujeres ¡Habrase visto! ¡A las mujeres les gustan los hombres, joder! ¡Justo lo contrario de lo que sois vosotros! ¿Qué es lo que sucede? ¿Qué estamos haciendo mal? La respuesta es harto lógica: la sociedad al completo está abrazando el componente femenino cuando en realidad debería existir un mínimo equilibrio entre ambos sexos. Cada día hay más lesbianas, y no es de extrañar, pues

el orden natural exige que haya alguien que se ocupe de ejercer el rol masculino, aunque estos no sean precisamente los hombres. Ya ves, os pasáis el día metidos en el gimnasio o yendo a ligar para alimentar vuestro ego, total, para terminar chupándoos las pollas mutuamente cuando salís de la discoteca a las tantas de la madrugada sin haberos comido un puñetero rosco. ¡Basta ya! Lo que piden las mujeres es que seáis hombres, cojones. Que seáis trabajadores, decididos, justos, leales, impulsivos, aventureros, emprendedores, valientes, responsables y con vuestro punto de arrogancia. El problema reside en la desmedida importancia que se le está otorgando al sexo en nuestra cultura occidental. El sexo no es sino la coartada del amor, que a su vez es sólo una trampa para tener hijos. Los que lo consiguen viven en un constante contrasentido; casados, con amantes, yéndose también de putas, creando y desmembrando familias, cambiando de pareja sin parar y desatendiendo con ello su función paternal. Mucho culto a la imagen, mucha apariencia física pero ningún transfondo detrás; nada, ni un poquito de alma o un mínimo de impronta.

Follar es sin duda una necesidad fisiológica⁵. Quizá no tan primordial como puede serlo respirar, comer, beber o cagar; ciertamente es secundaria, pues, contrariamente a lo que sucede con las anteriores, uno puede vivir sin follar. Nuestro cuerpo pide sexo; necesita descargar —en el caso de los hombres— espermia, porque lo tiene acumulado en sus reservas y porque una fuerte carga hormonal que despunta en la pubertad llamada testosterona se encargará de provocar en nosotros el irrefrenable deseo sexual, ese impulso de atracción animal hacia las féminas de nuestra especie que nos induce a un constante estado de ansiedad por tal de alcanzar el indescribible placer de la cópula. Y he ahí una nueva trampa de la natura-

⁵ *Plagiando descaradamente al excelso Aldono (Burbuja.info)*

leza, pues el placer sexual que todos perseguimos ávidamente provoca en consecuencia la reproducción. Además, dicha necesidad está, como otros muchos aspectos dentro de la conducta en los seres humanos, socializada, pues se desarrolla dentro de unos códigos de comportamiento y unos roles establecidos. Existe, ciertamente, un sustrato instintivo muy grande que rige las relaciones sexuales. Se puede constatar cómo, por ejemplo, tamizado por nuestra cultura, las hembras heterosexuales continúan siendo las que eligen –igual que sucede con el resto de las especies– mientras que los machos no. Las hembras copularán instintivamente con aquellos que sean dominantes dentro de la manada. La dominancia entre los humanos responde a ciertos cánones socioculturales, que no son necesariamente el portento físico, aunque sí la belleza, entendida como simetría de las formas corporales y sinónimo de salud. Es decir, hombres y mujeres encontramos bellos a quienes nuestros cerebros nos dicen que son sanos y aptos para la reproducción. Pero a lo que iba, de esa necesidad que tendría que ser algo fácil de resolver, como por ejemplo comer, sucede que para muchos es prácticamente un imposible. Entre cualquier especie animal, el 90% de los machos no llega a copular nunca en su vida. En cambio, prácticamente todas las hembras son montadas. Entre los humanos este índice no es tan amplio debido mayormente a que los maricones del espacio crearon la institución del matrimonio y propagaron la virtud de la monogamia. De lo contrario, tan sólo copularían los hombres más fornidos y atractivos, tanto por su aspecto físico –que viene a ser un 50% de la atracción que generan– como por su personalidad arrolladora, confianza en sí mismos, dotes de liderazgo, posición dentro del grupo o categoría social basada en su situación económica, prestigio y popularidad. Esos hombres con carisma, digamos, atraen a la inmensa mayoría de las mujeres, que tienden a ignorar a los segundones, aquellos que por su actitud no llaman la atención ni destacan por su

atractivo físico o su forma de ser no es lo suficientemente agresiva; no en el sentido de violenta sino de viril, desafiante y masculina. Los denominados *Machos alfa* (cuyo nombre se tomó a partir de una prestigiosa marca de chaquetas bómbers) copularán con la inmensa mayoría de las mujeres mientras el resto, tras arduos esfuerzos, tendrá que conformarse si aún logra conseguir los pocos restos remanentes del banquete sexual. La frustración que se genera en estos individuos –la mayoría de los pardillos que componen la sociedad alienada y victimista– les provocará una profunda sensación de insatisfacción vital y una obcecada obsesión por el sexo, ya que carecen de él y sienten que lo necesitan, llegando a hacer de esta necesidad el único centro de sus inquietudes y pensamientos. Cuanto menos atractivo es un hombre, tanto más deberá luchar por tal de conseguir tener sexo con una mujer. Dando lástima o tentándolas a prestarse mediante halagos y favores sólo les llevará a derrochar una inmensa cantidad de su tiempo, dinero, ingenio y recursos por tal de conseguir esa meta, muchas de las veces infructuosamente. Los hay, a cientos de miles, que recurrirán al pagafantismo, al huelebraguismo, al lametaconismo y al patetismo en definitiva. En esta faceta de sus vidas, movidos por la desesperación, se vuelven auténticos mendigos del amor. Se arrastran cual gusanos suplicantes por una mísera oportunidad de poder copular, ocultando torpemente sus verdaderas intenciones mediante supuestos intereses en conocer a la otra persona y profundizar en su relación con ella. Finalmente acabarán, como prácticamente todos, cediendo al chantaje de un compromiso legal, endeudándose con ello de por vida.

La verdadera razón de la obsesión por el sexo es que para muchos resulta ser una auténtica odisea en pos de conseguirlo y, total, al final terminarán pagándolo muy caro. Unos recurren a los servicios de prostitución y otros contraen matrimonio, que no deja de ser la for-

ma de prostitución encubierta que llevan a cabo quienes ofrecen sexo a cambio de otro tipo de prestaciones y no por el mero hecho del placer sexual compartido. Así es como funciona nuestra sociedad.

Por lo tanto, tú, pajillero: Si no eres un verdadero macho alfa, casi mejor que pases del sexo en lugar de entrar a un juego donde llevas todas las de perder desde el principio. Por eso concluyo que, no es feliz el que más folla... sino el que menos lo necesita.

* * *

FIN DEL SEGUNDO TOMO

INDICE

EL NÁUFRAGO	8
ARGENTINO DE LA KATANA	11
MI POLLA QUIERE HACERTE UNA ENTREVISTA	20
BOLLYMIERDAS.....	33
LOS CRÍMENES EN LA CALLE DE LA MIERDA	37
CUADERNO DE BITÁCORA ESTELAR – CUARTA PARTE	43
PREGUNTAS SIN RESPUESTA	51
CUADERNO DE BITÁCORA ESTELAR – QUINTA PARTE	53
MORCILLA GÓTICA.....	68
LOS MANTRAS DE JUANANTONIO	78
CHAPARRÓN DE POLLAS	81
CRÓNICA DEL LESBIANISMO EN LA TIERRA– PRIMERA PARTE	89
BREVIARIO DE HISTORIA HOMOSEXUAL – PRIMERA PARTE	98
BREVIARIO DE HISTORIA HOMOSEXUAL – SEGUNDA PARTE	103
CRÓNICA DEL LESBIANISMO EN LA TIERRA– SEGUNDA PARTE	111
METROSEXUALIDAD	123

¿Qué incomprensible motivo pudo inducir a Polla Pesebre para que, ya en su edad adulta, terminara por convertirse en un criminal homófobo?

¿Quiénes son los verdaderos maricones del espacio?

¿Qué clase de música escuchan los guardias civiles?

¿Fue el matrimonio una martingala concebida para someter a la humanidad, ideada nuevamente por los maricones del espacio?

¿Qué consiguió Mahoma embadurnándose el glande con cocaína?

Y sobretodo...

¿Qué se siente al cantar la alineación del Real Madrid temporada 86-87 mientras te están dando por el culo?

Las respuestas a estas preguntas (y alguna más, igual de estúpida si cabe) las encontraréis en el siguiente número de:

MARICONES DEL ESPACIO

¡NOS IMPORTA TRES COJONES!

Mucho mejor que los dos anteriores.



Distinguido hipotético lector:

Comúnmente las sinopsis de contraportada se emplean para crear desorbitadas expectativas acerca de la calidad de un libro cuando éste cae por casualidad en nuestras manos. Por contra, aprovechamos este espacio para reivindicar que hoy por hoy nos es imposible encontrar ni una sola publicación de nuestro agrado.

Parece como si toda la literatura actual estuviese destinada por completo a un público pedante, gafapasta, rancio y tremendamente aburrido. Por esa misma razón aparece **MARICONES DEL ESPACIO**, un insulto a su círculo y a sus normas que consigue salir a la luz esquivando el tan abominable mercado literario.

Desde su primera entrega, **MARICONES DEL ESPACIO** es la novela más irreverente, ofensiva, anárquica y descabellada del momento.

CONDILOMA



EDICIONES

correos@condiloma.es

MARICONES
DEL ESPACIO